CONQUISTA ESPACIO

BRUGUERA

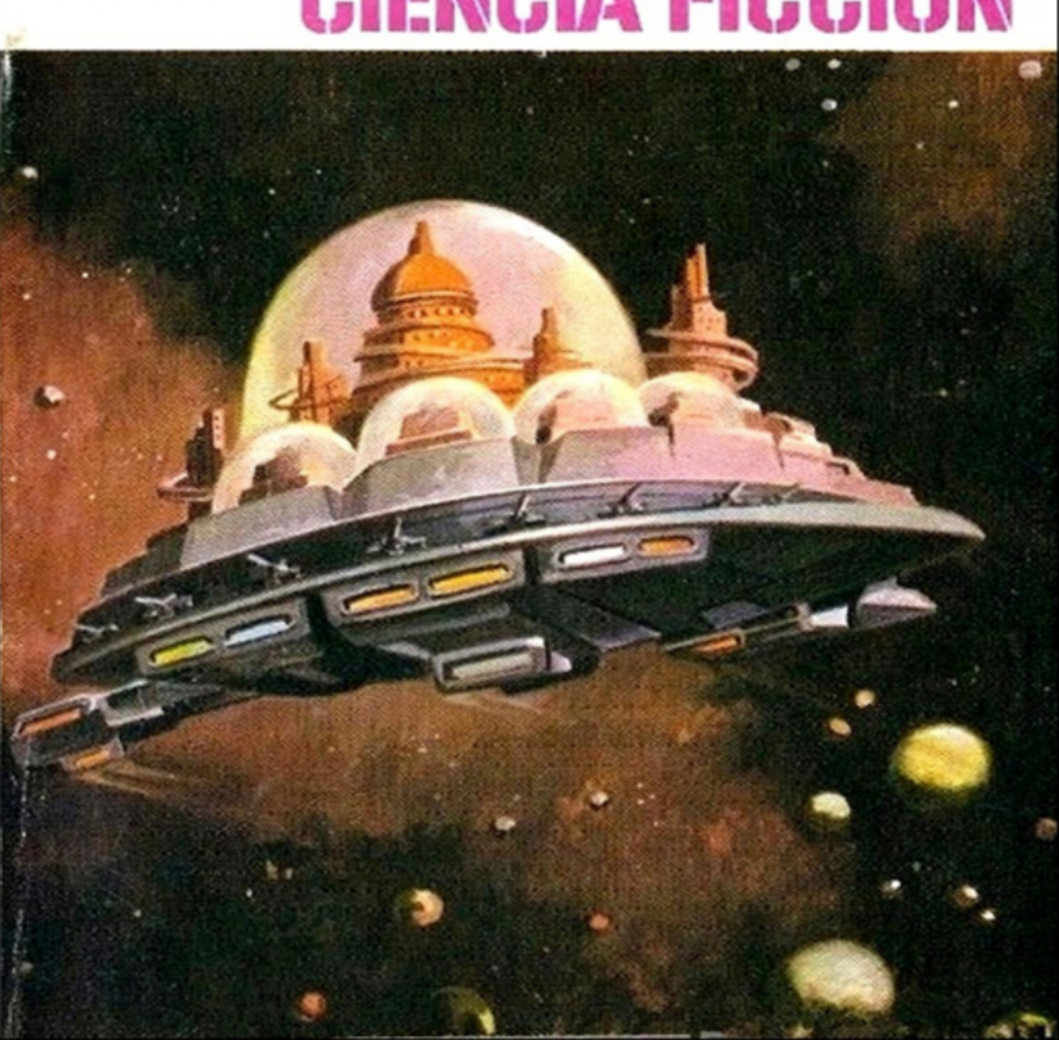
BOLSILIBROS

FUTURO

LA FORTALEZA FLOTANTE

Joseph Berna

CIENCIA FICCION





LA FORTALEZA FLOTANTE

Joseph Berna

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

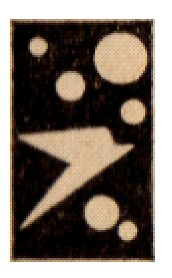
1. — ¿Hombre o máquina? - *Clark Carrados.*
2. — El peligro viene del espacio - *Kelltom Mclntire.*
3. **— Mente -** Frank Caudett.
4. — Los hijos de las tinieblas - *Ralph Barby.*
5. — Después del apocalipsis - *Kelltom Mclntire.*

JOSEPH BERNA

LA FORTALEZA FLOTANTE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 661 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0 Depósito legal: B 4.980-1983

Impreso en España Printed in Spain

I a edición: abril. 1983

2.a edición en América: octubre, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,** S. A. Parets del Valles (N-152. Km 21.6501 Barcelona - 1983

CAPITULO PRIMERO

La *Afrodita-5,* una de las más modernas y veloces astronaves comerciales, surcaba majestuosamente el espacio sideral, dentro de los límites del Sistema Solar.

Había partido de la Tierra hacía exactamente tres días, y tardaría otros cuatro en alcanzar Plutón, que era su punto de destino.

En siete días, pues, la *Afrodita-5* era capaz de recorrer la enorme distancia que separaba a Plutón de la Tierra, lo cual, a pesar de que ya se había llegado al año 2085, resultaba asombroso.

Tan sólo unos años antes, aún eran necesarias varias semanas para alcanzar el planeta más alejado de la Tierra, pero la ingeniería

espacial había progresado tanto en los últimos tiempos, que ahora se podía visitar cualquiera de los planetas del Sistema Solar en sólo unos días.

Ello, naturalmente, era una gran ventaja, ya que en todos los planetas del Sistema Solar se habían levantado ciudades, en las que vivían un elevado número de personas.

Todas estas ciudades, como es lógico, se habían construido bajo enormes cúpulas de sólido material transparente, las cuales protegían a sus habitantes del frío o del calor, de la falta de gravedad, de atmósferas irrespirables, y demás circunstancias propias de mundos como Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno, y el propio Plutón, el planeta más gélido de todos los que formaban el Sistema Solar, por ser el más alejado del Sol.

En Plutón, el hielo lo cubría todo.

Toneladas y toneladas de hielo.

A pesar de ello, las personas que se habían instalado en sus ciudades vivían la mar de felices, ya que, gracias a las gigantescas y resistentes cúpulas, gozaban de una temperatura cálida, ideal, y de una atmósfera tan sana, que creian estar en Miami, en Acapulco, o en las Bermudas.

Unicamente, cuando tenían que trasladarse de una ciudad a otra, se veían precisados a enfundarse los trajes térmicos y recurrir a las mochilas de oxígeno, porque sin ellos no era posible moverse por el exterior.

A bordo de la *Afrodita-5,* viajaban cincuenta pasajeros.

La mayoría eran personas que iban a instalarse en las varias ciudades existentes en Plutón. El resto, iban en viaje de negocios o simplemente a visitar a sus familiares o amigos.

La tripulación estaba formada por diez personas, así que en total eran sesenta las personas que viajaban en la *Afrodiata-5.*

Casualmente, tanto entre los pasajeros como entre la tripulación, el número de mujeres superaba claramente al de los hombres.

Ello satisfacía enormemente a Vladimir Donov, uno de los pasajeros, para quien no existía placer mayor que tener entre sus brazos a una mujer joven, atractiva, y deseable.

Y, a poder ser, desnuda y en la cama.

Era el deporte favorito de Vladimir: hacer el amor.

Y lo practicaba siempre que podía.

No tenía nada de extraño, en realidad, ya que Vladimir Donov contaba solamente veintisiete años de edad y poseía un cuerpo sano, fuerte, atlético, de músculos desarrollados y vigorosos.

Era, además, bien parecido.

Y simpático.

Y bastante atrevido...

Por todo ello, tenía mucho éxito con las mujeres, y eran pocas las que se negaban a vivir una aventura amorosa con él.

En aquel viaje, sin embargo, Vladimir había tenido un fracaso.

Se trataba de Rena Birkin, una de las azafatas.

Era la más hermosa y apetecible de todas, en opinión de Vladimir, que entendía mucho de eso.

Rena tenía veintidós años, el cabello rubio, y los ojos intensamente azules. Sus labios, llenos, sonrosados y brillantes, eran toda una tentación, pues parecían pedir a gritos un beso.

Una serie de besos, más bien.

Vladimir ya le había dado tres.

Bueno, la verdad es que se los había robado, porque Rena no parecía dispuesta a vivir ninguna aventura amorosa con él.

A pesar de ello, Vladimir estaba dispuesto a insistir.

Aún quedaban cuatro dias de viaje, y confiaba en acabar venciendo la tenaz resistencia de la bella azafata.

No sería fácil, pero chicas más difíciles habían caído en sus brazos.

Era sólo cuestión de emplear la táctica adecuada.

De hallar el punto flaco.

Y Rena Birkin debería tener alguno, como cualquier ser humano.

Vladimir lo encontraría.

Era un zorro viejo, a pesar de su juventud, y se las sabía todas.

Aquella tarde, volvió a la carga.

Habia estado vigilando a Rena, y cuando la vio dirigirse hacia los camarotes de los miembros de la tripulación, fue tras ella y la llamó:

—¡Rena!

La azafata se volvió.

Al igual que sus compañeras, lucía una blusa brillante y una falda muy corta, que le permitía exhibir sus preciosas piernas. Unas altas botas doradas, completaban su uniforme de azafata.

En la blusa, aproximadamente a la altura del corazón, podía leerse su nombre: «RENA».

Vladimir Donov, por su parte, vestía un traje azul brillante, de una sola pieza, muy ajustado. Llevaba un cinto plateado, y sus botas, igualmente plateadas, eran cortas y extraordinariamente flexibles.

Rena Birkin frunció el ceño al descubrir a Vladimir.

—¿Otra, vez usted, señor Donov?

—Por favor, no me llames señor Donov —rogó Vladimir—. Te lo he dicho muchas veces. Y también te he dicho que me tutees.

—Las azafatas no podemos tutear a los pasajeros.

—¿Ni siquiera a los niños?

—Sí; a los niños, sí.

—Pues considérame un niño.

—Está demasiado crecidito, ¿no le parece?

—Bueno, puedes considerarme un niño grande. Los hay muy desarrollados, ¿sabes?

—Los niños no roban besos. Aunque estén muy desarrollados.

Vladimir tosió.

—No volverá a suceder, te lo prometo.

—¿Seguro?

—No quiero robarte más besos, Rena. Y te pido perdón por haberlo hecho.

—Eso está bien.

—Podemos ser amigos, ¿verdad?

—Depende.

—¿De mi comportamiento?

—Exacto.

—No volveré a propasarme, puedes estar tranquila.

—Entonces, seremos amigos —sonrió la azafata, e hizo ademán de alejarse.

Vladimir la cogió del brazo.

—Un momento, Rena.

—¿Qué quiere?

—¿Te diriges a tu camarote?

—Sí.

—Quisiera pedirte un favor.

—¿De qué se trata?

Vladimir se llevó la mano a la nuca, al tiempo que componía un gesto de sufrimiento.

—Me duele el cuello. Sin duda he dormido en mala postura, porque ya me dolía cuando me levanté esta mañana. Si me dieras unas friegas, el dolor desaparecería.

—¿Y se las tengo que dar yo, precisamente...?

—¿No quieres?

—Bueno, no es que no quiera. Pero, teniendo como tenemos un doctor a bordo, creo que lo más normal sería que acudiese usted a la enfermería y…

—No me gustan los médicos, Rena.

—Le gustan más las azafatas, ¿eh?

—Mucho más —sonrió contagiosamente Vladimir.

—No será un cuento, ¿verdad?

—¿Qué?

—Lo de que le duele el cuello.

—¡Desde luego que no!

—Más le valdrá, se lo advierto, porque como sea una excusa para entrar en mi camarote…

—Si de verdad piensas eso, olvida lo de las friegas —rezongó Vladimir, y dio media vuelta, muy serio.

Ahora fue la azafata la que lo cogió del brazo a él.

—Espere, hombre.

—Desconfías de mí, Rena.

—Me he limitado a hacerle una advertencia. Y estaba en mi derecho de hacérsela, después de haberme robado varios besos.

—Sólo fueron tres. Y ya te he pedido perdón.

—Está bien, vamos.

—¿Me darás las friegas?

—Sí, aunque no sé si darán resultado, porque yo no soy enfermera.

—Verás como sí —sonrió de nuevo Vladimir, y acompañó a la azafata hasta su camarote.

Una vez en él, Rena indicó:

—Siéntese en la litera, señor Donov.

—¿Ni siquiera aquí puedes llamarme Vladimir?

—No, lo siento.

—Qué estricta eres, demonio —rezongó Vladimir, y se sentó en la litera.

—Tendrá que abrirse el traje.

—Si quieres, me lo quito.

—No, será suficiente con que se lo abra. Las friegas se las tengo que dar en el cuello, no en una rodilla.

—Cierto —sonrió Vladimir, y se abrió el traje hasta la cintura, descubriendo su musculoso torso, poblado de recio vello oscuro.

Los preciosos ojos de Rena Birkin se posaron un instante allí.

Vladimir se dijo que la cosa empezaba bien.

Y, para que continuase mejor, dijo:

—Sacaré los brazos de las mangas, para que puedas masajearme más cómodamente el cuello.

La azafata iba a decir que no era preciso, pero no le dio tiempo.

Vladimir ya había sacado los brazos de las mangas y se había bajado el traje, quedando desnudo de cintura para arriba.

—Cuando quieras, Rena —dijo, ladeándose.

La azafata, que tenía un pequeño botiquín en las manos, lo abrió, extrajo un «spray» especial para dolores musculares, y roció el cuello de Vladimir.

Después, inició las friegas.

El zorro de Vladimir emitió un gemido de placer.

—Qué manos tan suaves tienes, Rena.

—¿No le hago daño?

—En absoluto. Es una delicia sentir tus manos en mi cuello, tibias, dulces, acariciadoras...

Rena le dio un fuerte apretón.

—¡Ay! —se quejó Vladimir, al tiempo que respingaba.

La azafaba reprimió una risita.

—¿Demasiado brusca esta última caricia, señor Donov...?

—Más que una caricia, ha sido un pellizco doble —rezongó Vladimir.

—Lo siento, es la falta de práctica.

—No importa, continúa.

Rena le dio otro apretón, más fuerte aún que el anterior.

Vladimir, naturalmente, gritó de nuevo.

—¿Es que quieres arrancarme la carne a pedazos, Rena...?

—Ya no le parece una delicia sentir mis manos en su cuello, ¿verdad?

Vladimir se volvió con brusquedad.

—Estás jugando conmigo, ¿eh?

—¿Quién está jugando con quién?

—¿Por qué dices eso?

—Sé que no le duele el cuello, señor Donov.

—¡Sí me duele!

—Bueno, ahora es posible que sí —respondió la azafata, y se echó a reír, porque ya no podía más.

Vladimir, furioso, la agarró y la hizo caer sobre la litera.

Rena dio un grito.

—¡Suélteme, señor Donov! —ordenó, forcejeando con él.

—¡Cuando me haya cobrado los dolorosos pellizcos! —respondió Vladimir, y aplastó su boca contra la de Rena.

CAPITULO II

Bogdan Werner, piloto de la *Afrodita-5,* contaba con treinta y cinco años de edad, tenía el pelo negro, y era de complexión robusta. Se trataba de un hombre experimentado, y era el máximo responsable de la seguridad de la astronave y de las personas que viajaban en ella.

Junto a él, se hallaba Fabio Orano, el copiloto, diez años más joven que Werner. Era de constitución delgada, pero fuerte, y tenía las facciones simpáticas.

Ambos habían realizado ya varios viajes con la *Afrodita-5,* tanto a Plutón, como a Neptuno, Urano, Saturno, Júpiter, y el resto de los planetas del Sistema Solar.

Y todos ellos con éxito.

No habían tenido que afrontar un solo problema serio.

Por eso se hallaban tan tranquilos y confiados, conversando en la amplia cabina de mandos, mientras la astronave devoraba la enorme distancia que todavía le separaba del gélido y lejano Plutón.

De pronto, el radar empezó a emitir su señal.

Acababa de detectar algo.

Bogdan y Fabio clavaron sus ojos en él.

—¿Qué diablos será eso? —murmuró el primero.

—Podría ser una astronave, comandante —respondió Fabio.

—Trata de localizarla con la cámara telescópica, mientras yo intento establecer comunicación con ella.

—Bien.

Bogdan Werner hizo la llamada, pero no obtuvo respuesta.

—No contesta nadie, Fabio.

—Insista, comandante. Estoy seguro de que se trata de una astronave.

—¿No puedes localizarla con la cámara telescópica?

—Lo estoy intentando.

—Sigue, Fabio —pidió Bogdan, y repitió la llamada a la supuesta astronave.

Tampoco obtuvo respuesta.

Ligeramente nervioso, miró la pantalla telescópica.

Nada.

La misteriosa astronave, o lo que fuera, no aparecía en ella.

Bogdan volvió a mirar el radar.

Seguía emitiendo su señal.

La astronave, o lo que fuera, se aproximaba.

A gran velocidad, además.

Surcaba el espacio sideral más de prisa aún que la *Afrodita-5*.

—Viene directa hacia nosotros, Fabio —señaló Bogdan.

—Así es, comandante. Deben haber detectado nuestra astronave, lo mismo que nosotros la suya.

—¿Por qué no responden, entonces?

—Tal vez no se trate de una astronave terrestre, comandante.

—Terrestre o no, debería aparecer en la pantalla telescópica —rezongó Bogdan.

Todavía flotaban en el aire sus palabras, cuando la

cámara telescópica encontró lo que buscaba, ofreciendo su imagen en la pantalla.

Y lo que se aproximaba a la *Afrodita-5* era tan extraño, tan increíble, y tan asombroso, que Bogdan Werner y Fabio Orano se llenaron de perplejidad.

* * *

No se trataba, desde luego, de una astronave.

Ni terrestre ni extraterrestre.

Era una fortaleza.

Una fortaleza flotante.

Una fortificación espacial.

Moderna.

Enorme.

Poderosa…

Había sido construida sobre una gigantesca plataforma, la cual, propulsada seguramente por algún tipo de energía desconocida todavía en la Tierra, se desplazaba a una velocidad fantástica, muy superior a la de cualquier astronave terrestre.

La impresionante fortaleza disponía de cuatro torres, unidas entre sí por enormes murallas de acero, o de algún metal todavía más duro.

Las torres también eran metálicas, y la parte más alta de las mismas se hallaban protegida por unas cúpulas transparentes.

Otra cúpula, mucho mayor, protegía el centro de la fortificación espacial, en el que se levantaba una especie de palacio, grande, hermoso, realmente fascinante.

Así, fascinados, se hallaban Bogdan Werner y Fabio Orano.

Bueno, no sólo fascinados.

También estaban asustados, porque, evidentemente, aquella increíble fortaleza flotante procedía de algún mundo lejano. Y, en consecuencia, su guarnición tenía que estar formada por seres extraterrestres, seguramente muy diferentes de los habitantes de la Tierra.

En cuanto a sus intenciones…

No debían de ser muy pacíficas, cuando no habían respondido a las llamadas de la astronave terrestre.

De ahí el temor de Bogdan y Fabio.

La *Afrodita-5* era una astronave comercial, no una astronave de combate, aunque, lógicamente, estaba capacitada para defenderse del posible ataque de una nave extraterrestre.

Disponía de cañones de rayos láser.

Y de misiles nucleares.

Sin embargo, esto no parecía suficiente para enfrentarse a aquella colosal fortificación flotante, capacitada, sin lugar a dudas, para repeler cualquier ataque enemigo.

Por ello, Bogdan Werner decidió rehuir el combate.

Tenía que pensar en los cincuenta pasajeros que llevaban abordo.

Y en los miembros de la tripulación.

—¡Tenemos que escapar, Fabio! —exclamó Bogdan.

—¡Sí, comandante! ¡No podemos enfrentarnos a toda una fortaleza especial! —respondió el copiloto.

Bogdan Werner varió el rumbo de la *Afrodita-5,* confiando en burlar a la poderosa y veloz fortificación flotante.

No lo consiguieron, porque la fortaleza espacial modificó también su rumbo, demostrando claramente sus intenciones de abordar a la astronave terrestre.

Bogdan forzó al máximo los reactores que propulsaban a la *Afrodita-5,* pero tampoco sirvió de nada.

La fortaleza flotante era mucho más rápida.

Las distancias se acortaban.

El enfrentamiento parecía inevitable.

Y, ante la desigualdad del mismo, Bogdan Werner decidió informar a la Tierra de la aparición de una poderosa fortaleza espacial en el Sistema Solar.

Hizo la llamada, pero no obtuvo respuesta.

Nerviosamente, insistió.

El resultado fue el mismo.

La Tierra no respondía.

No recibía sus angustiosas llamadas.

Bogdan, aterrado, miró al copiloto.

—¡La tierra no contesta, Fabio!

—¡Debe ser cosa de la fortaleza flotante, comandante! ¡Intercepta nuestras llamadas!

—¡Malditos!

—¡No tenemos más remedio que luchar, comandante!

—¡Nuestra desventaja es notoria, Fabio!

—¡Lo sé, pero no hay alternativa! ¡O presentamos batalla, o nos entregamos a los seres que viajan en esa fortaleza espacial, para que hagan lo que se les antoje con nosotros!

Bogdan Werner apretó los dientes.

Se decía que Fabio Orano tenía razón.

Tenían que presentar batalla.

Si no lo hacían, los extraterrestres los capturarían a todos, lo cual sería peor que la propia muerte.

Bogdan decidió:

—¡Lucharemos, Fabio! ¡Esos malditos no nos atraparán sin esfuerzo! ¡Si quieren hacernos prisioneros, tendrán que reducirnos primero! ¡No vamos a rendirnos sólo porque ellos sean más poderosos!

—¡Bien dicho, comandante!

La fortaleza flotante estaba ya muy cerca.

A tiro de cañón.

Bogdan y Fabio los hicieron funcionar.

Los poderosos rayos láser partieron veloces en busca de la

fortificación espacial, pero no lograron alcanzarla, porque un campo de fuerza protegía la fortaleza.

Dicho campo de fuerza interceptó los disparos, impidiendo que los rayos láser dañaran la fortificación.

—¡Los disparos chocan contra una barrera invisible, comandante! —gritó Orano.

—¡Debe tratarse de un campo magnético! —adivinó Bogdan—, ¡No deja pasar los rayos láser!

—¡Veamos si también es capaz de interceptar nuestros misiles nucleares, comandante!

—¡Vamos allá!

Bogdan y Fabio enviaron media docena de misiles contra la fortaleza flotante, pero no lograron atravesar el campo de fuerza, estallando allí, en la poderosa barrera de protección.

Era imposible destruir la fortificación espacial.

Bogdan y Fabio lo comprendieron así y desistieron de ello.

Demudados, se resignaron a su suerte.

Una suerte que dependía exclusivamente de los seres que viajaban en la gigantesca fortaleza flotante.

CAPÍTULO III

Rena Birkin se debatía infructuosamente entre los fuertes brazos de Vladimir Donov, cuya boca seguía pegada a la de ella, en largo y fervoroso beso.

La azafata no podía impedir que Vladimir la besara de aquella manera, porque él la tenía bien atrapada y su fuerza lógicamente, era muy superior a la de ella.

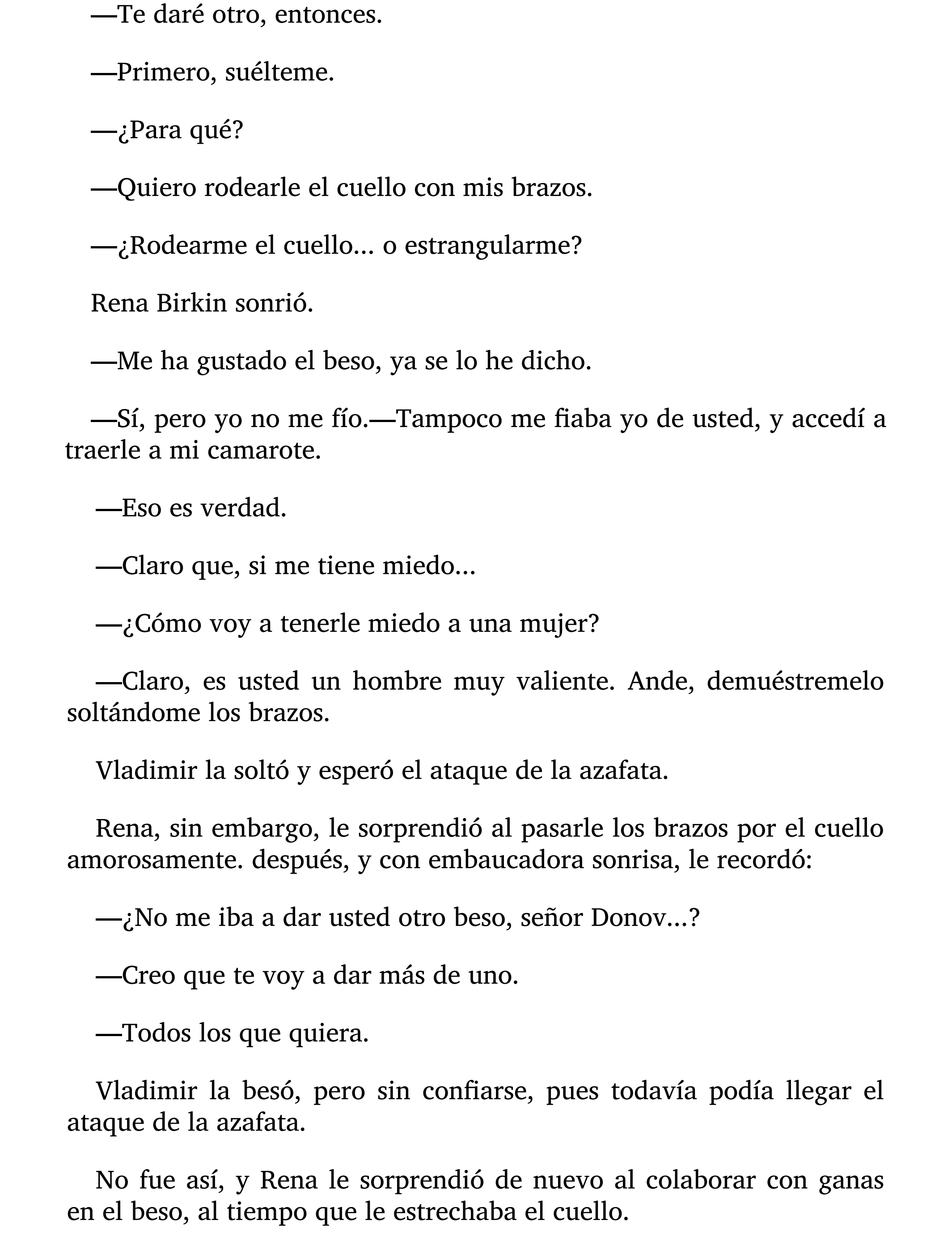
Convencida de que sería inútil seguir luchando, Rena dejó de forcejear y quedó como muerta entre los brazos de Vladimir, quien, al darse cuenta de ello, interrumpió el beso y la miró a los ojos, sin soltarla.

—¿Te has calmado ya, Rena?

—Eso parece —respondió la azafata, dominando su furia.

—¿Te ha gustado el beso?

—Bastante.



—Te daré otro, entonces.

—Primero, suélteme.

—¿Para qué?

—Quiero rodearle el cuello con mis brazos.

—¿Rodearme el cuello... o estrangularme?

Rena Birkin sonrió.

—Me ha gustado el beso, ya se lo he dicho.

—Sí, pero yo no me fío.—Tampoco me fiaba yo de usted, y accedí a traerle a mi camarote.

—Eso es verdad.

—Claro que, si me tiene miedo...

—¿Cómo voy a tenerle miedo a una mujer?

—Claro, es usted un hombre muy valiente. Ande, demuéstremelo soltándome los brazos.

Vladimir la soltó y esperó el ataque de la azafata.

Rena, sin embargo, le sorprendió al pasarle los brazos por el cuello amorosamente. después, y con embaucadora sonrisa, le recordó:

—¿No me iba a dar usted otro beso, señor Donov...?

—Creo que te voy a dar más de uno.

—Todos los que quiera.

Vladimir la besó, pero sin confiarse, pues todavía podía llegar el ataque de la azafata.

No fue así, y Rena le sorprendió de nuevo al colaborar con ganas en el beso, al tiempo que le estrechaba el cuello.

Vladimir, naturalmente, dejó de pensar en ataques.

Tenía a Rena en sus brazos, la estaba besando con pasión, y ella le devolvía el beso y le abrazaba, en vez de darle un puñetazo en un ojo, arañarle la cara, o tirarle del pelo.

Habia logrado conquistarla, estaba claro.

Rena sería suya.

Dentro de unos minutos, seguramente.

Para empezar, le acarició las piernas, llegando hasta muy arriba.

La azafata no protestó.

Después, Vladimir le abrió la blusa y le acarició los senos, todo ello sin interrumpir el beso.

Rena tampoco protestó.

Vladimir se dijo que no necesitaba más pruebas.

La azafata se lo permitía todo.

Deseaba hacer el amor con él.

Vladimir, entusiasmado, deslizó su boca por el cuello de Rena y alcanzó sus maravillosos senos, besándolos una y otra vez, mientras la azafata gemía y se estremecía de placer.

Eso, al menos, pensaba Vladimir.

Pero se equivocó.

Rena había aguantado todo aquello para confiarle.

Y, como Vladimir ya no podía estar más confiado, la azafata entró en acción.

Para empezar, lo agarró de las orejas y se las retorció en ambas direcciones, como si deseara arrancárselas.

Vladimir dio un aullido y se llevó las manos a los apéndices auriculares, que Rena se apresuró a soltar, agarrándole ahora el pelo, oscuro y abundante.

La azafata tiró con ganas de la pelambrera de Vladimir.

Este aulló de nuevo.

Rena le soltó el pelo y le dio un fuerte empujón, tirándolo de la litera.

Vladimir cayó de espaldas y se propinó un duro golpe en la cabeza.

Rena brincó de la litera.

Lo primero que hizo, fue cerrarse la brillante blusa, mientras gritaba:

—¡Fuera de mi camarote, señor Donov!

Vladimir no se movió.

Tenía los ojos cerrados y la cabeza ladeada.

Rena se quedó muy quieta, también.

—¿Señor Donov...?

Vladimir continuó inmóvil. Parecía inconsciente.

Pero también podía estar muerto.

Los golpes en la cabeza...

Rena se asustó.

—¡Vladimir! —gritó, arrodillándose junto a él.

Le cogió la cabeza, le palmeó las mejillas, lo zarandeó, agarrándolo por los hombros.

—¡Respóndame. Vladimir! ¡Abra los ojos! ¡Diga algo, por Dios!

Vladimir Donov no dijo ni pío.

Rena, cada vez más asustada, pegó su cara al desnudo torso masculino, justo sobre el corazón.

Quería comprobar que latia.

No le dió tiempo a averiguarlo, porque justo en ese momento cayeron dos tentáculos de pulpo sobre ella y la aprisionaban con

fuerza.

Eran los brazos de Vladimir, naturalmente.

No había perdido el conocimiento.

Sólo había sido una treta para confiar a la bella y astuta azafata.

—¡Vladimir! —gritó Rena.

—¿Ya no me llamas señor Donov...? —sonrió irónicamente el joven.

—¡Me ha engañado! ¡No estaba desvanecido!

—Tú también me engañaste a mí, Rena.

—¡Usted me engañó primero, porque no era cierto que le doliese el cuello!

—Es verdad.

—¡Suélteme inmediatamente!

—¿Sin cobrarme los tirones de orejas, de pelo, y la caída de la litera...?

—¡Ya se los ha cobrado!

—¿Qué?

—¡Me besó, me acarició las piernas, me acarició los senos!

—No es suficiente, preciosa.

—¿Qué más quiere?

—Hacer el amor contigo.

—¡Tendrá que violarme!

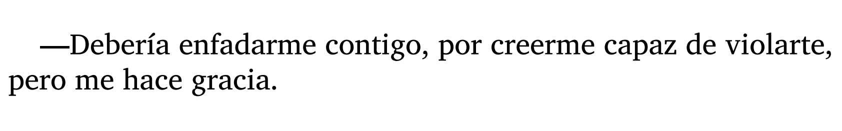
—Pues lo haré.

—¿Sería capaz...?

—¿A ti qué te parece?

—¡Que sí!

Vladimir rió.



—Debería enfadarme contigo, por creerme capaz de violarte, pero me hace gracia.

—¿No va a violarme?

—No, y siento desilusionarte.

—¿Desilusionarme?...

—Sí, porque sé que en el fondo te gustaría que te hiciese el amor.

Rena Birkin enrojeció hasta la raíz de sus rubios cabellos.

—¡Es usted un...!

No pudo acabar la frase, porque Vladimir Donov la besó en los labios.

La azafata se agitó, rabiosa, pero no sirvió de nada.

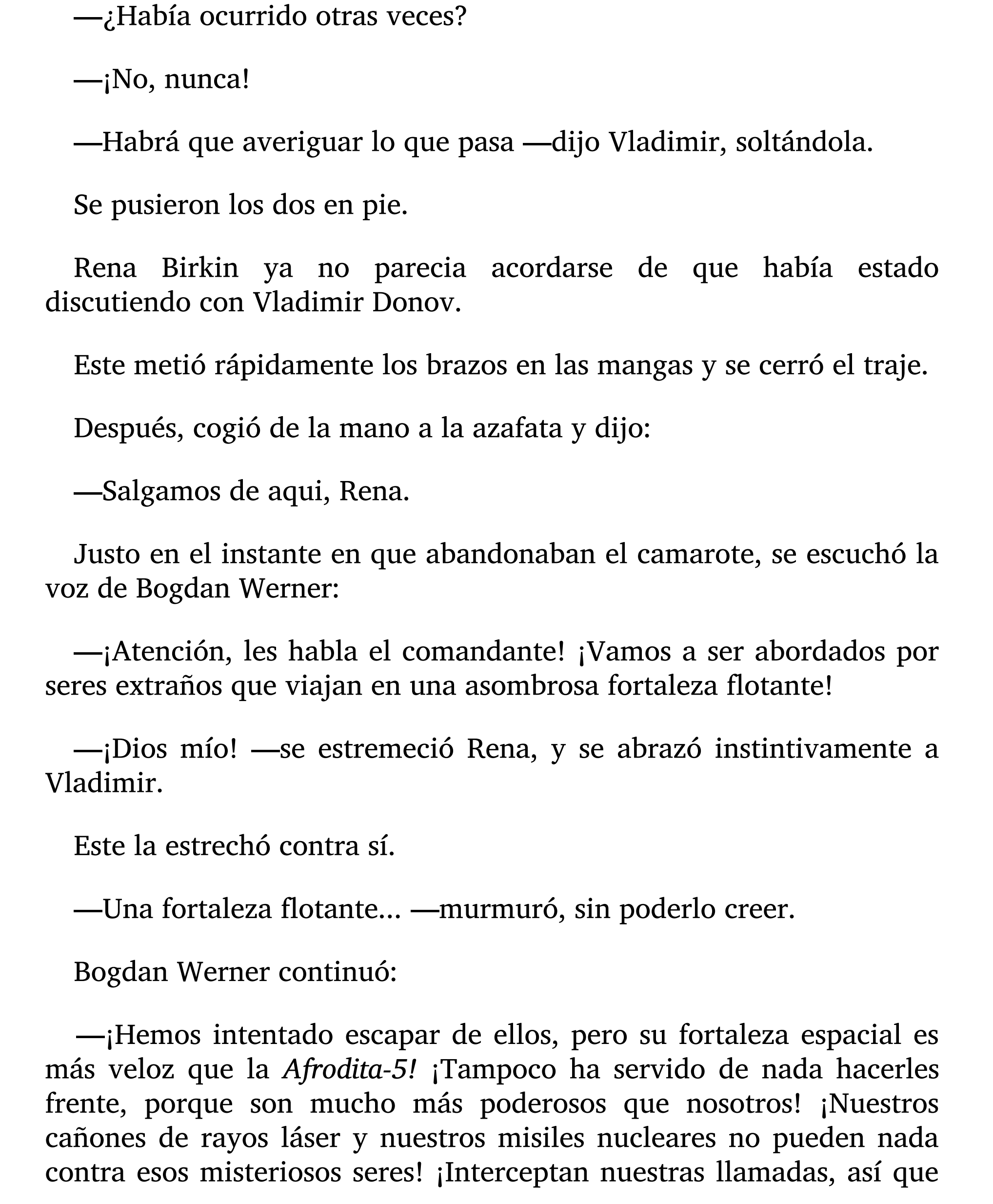
Justo en ese momento, el camarote entero empezó a temblar.

CAPITULO IV

Vladimir Donov, naturalmente, interrumpió el beso.

—¿Qué sucede, Rena...?

—¡Todo se mueve! —exclamó la azafata, asustada.



—¿Había ocurrido otras veces?

—¡No, nunca!

—Habrá que averiguar lo que pasa —dijo Vladimir, soltándola.

Se pusieron los dos en pie.

Rena Birkin ya no parecia acordarse de que había estado discutiendo con Vladimir Donov.

Este metió rápidamente los brazos en las mangas y se cerró el traje.

Después, cogió de la mano a la azafata y dijo:

—Salgamos de aqui, Rena.

Justo en el instante en que abandonaban el camarote, se escuchó la voz de Bogdan Werner:

—¡Atención, les habla el comandante! ¡Vamos a ser abordados por seres extraños que viajan en una asombrosa fortaleza flotante!

—¡Dios mío! —se estremeció Rena, y se abrazó instintivamente a Vladimir.

Este la estrechó contra sí.

—Una fortaleza flotante... —murmuró, sin poderlo creer.

Bogdan Werner continuó:

—¡Hemos intentado escapar de ellos, pero su fortaleza espacial es más veloz que la *Afrodita-5!* ¡Tampoco ha servido de nada hacerles frente, porque son mucho más poderosos que nosotros! ¡Nuestros cañones de rayos láser y nuestros misiles nucleares no pueden nada contra esos misteriosos seres! ¡Interceptan nuestras llamadas, así que

no podemos informar de nuestra situación a la Tierra! ¡También han bloqueado los manos de la *Afrodita-5!* ¡No podemos controlar la astronave, y estamos perdiendo velocidad!

—¡Oh, cielos! —gimió Rena, sin despegarse de Vladimir.

Este la estrechó con más fuerza.

—No temas, Rena. Yo te protegeré.

La azafata lo miró, pálida y temblorosa.

—¿Tú, Vladimir? —lo tuteó por primera vez.

—Con mi vida, si es necesario.

Rena fue a decir algo, pero se interrumpió al oír nuevamente la voz de Bogdan Werner:

—¡Que no cunda el pánico porque es posible que esos seres no deseen causarnos daño! ¡Hubieran podido destruir la *Afrodita-5* y matarnos a todos, pero no lo han hecho!

—Porque nos quieren vivos —rezongó Vladimir.

—Y para nada bueno, seguro —añadió Rena.

Bogdan Werner pensaba lo mismo, naturalmente, pero no lo decía para no aterrorizar más a los pasajeros y los miembros de la tripulación. Su deber era darles ánimos, y lo estaba intentando, aunque en el fondo pensara que hubiera sido mejor para todos ellos perecer en el combate que caer en manos de los extraterrestres.

Vladimir Donov, en cambio, se alegraba de continuar vivo.

Era joven, fuerte, y decidido.

Lucharía, por él y por Rena Birkin, si los extraterrestres traían malas intenciones.

La azafata sugirió:

—¡Escondámonos, Vladimir!

—No es mala idea.

* * *

La *Afrodita-5* se había detenido en el espacio, aunque no por gusto de Bogdan Werner ni de Fabio Orano.

La astronave terrestre se había detenido porque así lo habían querido los seres que viajaban en la fortaleza flotante. Tenían poder suficiente para ello.

La fortificación espacial, que había reducido su fantástica velocidad al mismo tiempo que reducía la de la *Afrodita-5,* se colocó debajo mismo de la astronave comercial y entonces se detuvo.

Luego, fue subiendo lentamente, hasta conseguir que la astronave terrestre quedara posada frente al hermoso palacio que, protegido por una gigantesca cúpula transparente, se levantaba en el mismo centro de la poderosa fortaleza flotante.

Tan sólo unos segundos después, el suelo cedía bajo la *Afrodita-5,* lenta y silenciosamente, y se tragaba la astronave, trasladándola a una especie de hangar.

A continuación, lo que ahora era el techo del hangar empezó a cerrarse automáticamente, dejando encerrada a la *Afrodita-5* en aquella enorme sala, en la que no se veía a nadie.

Lo que sí se veían, eran varias naves de forma circular, relativamente pequeñas. Desde luego, si se lascomparaba con la *Afrodita-5,* su tamaño era ridículo.

No obstante, se adivinaba que eran veloces.

Y peligrosas.

Se trataba, sin lugar a dudas, de una escuadrilla de naves de combate, ya que todas eran exactamente iguales.

En el gigantesco hangar, se veían también algunos vehículos espaciales de extraño diseño, correctamente alineados, lo mismo que las naves de combate.

Bogdan Werner y Fabio Orano lo contemplaban todo, entre impresionados y asustados, a través del mirador de la cabina de mandos.

Mientras tanto, la presión del hangar estaba siendo regulada por los seres que viajaban en la fortaleza flotante, con el fin de que los pasajeros y los tripulantes de la *Afrodita-5* pudieran descender de la

astronave.

Cuando la presión estuvo regulada, la puerta principal de la astronave se abrió y la escalera mecánica empezó a surgir debajo de la puerta, hasta tocar el suelo.

Los prisioneros terrestres ya podían descender.

Sin embargo, ninguno descendió.

Y es que la mayoría habían hecho lo mismo que Vladimir Donov y Rena Birkin: esconderse.

No querían caer en manos de los extraterrestres.

El solo hecho de verlos ante sí, les aterraba, pues pensaban que se trataría de seres muy diferentes a ellos.

Horribles, probablemente.

Monstruosos, tal vez.

Bogdan Werner y Fabio Orano pensaban lo mismo.

Por eso se sorprendieron tanto cuando vieron que una puerta de guillotina se abría y varios hombres empezaban a surgir.

Hombres, sí.

Muy parecidos a los varones terrestres, pues tenían cabeza, brazos, piernas, un tronco similar...

Incluso su talla y su complexión eran similares.

Lo que no podía saberse, es si también las facciones de sus caras se parecían a las de los varones terrestres, ya que todos ellos se protegían la cabeza con unos cascos dorados, muy brillantes, que les cubrían totalmente el rostro.

Los trajes, en cambio, eran plateados.

Muy brillantes, también.

Y llevaban un planeta dibujado en el pecho, con unos extraños signos a su alrededor.

Todos los soldados, porque no cabía duda de que se trataba de

militares, portaban fusiles de rayos en sus manos. Unas manos, por cierto, protegidas con guantes dorados.

También sus botas, altas hasta la rodilla, eran doradas.

Además, de los extraños fusiles, los soldados llevaban sendas pistolas de rayos al cinto, no menos extrañas que los fusiles.

Bogdan Werner y Fabio Orano contaron no menos de cuarenta soldados.

Los extraterrestres alcanzaron la *Afrodita-5* y empezaron a subir a ella, dispuestos a hacer bajar, por las buenas o por las malas, a los prisioneros terrestres.

CAPITULO V

Bogdan Werner se puso en pie.

—Vamos, Fabio —dijo, con grave gesto.

El copiloto se levantó también de su sillón.

—¿Cogemos armas, comandante?

—No serviría de nada, Fabio. Ya has visto que son más de cuarenta, y todos van armados. No podemos enfrentarnos a ellos, nos liquidarían en un santiamén.

—Tienes razón.

—Somos responsables, además, de la seguridad de los pasajeros y los miembros de la tripulación. Si nos matan, no podremos hacer nada por ellos. Vivos, en cambio, podemos intentar algo. Esperaremos nuestra oportunidad.

—Me parece más sensato.

—Salgamos, Fabio.

Bogdan Werner y Fabio Orano abandonaron la cabina de mandos, dirigiéndose directamente a la puerta principal de la astronave. Antes de alcanzarla, sin embargo, se tropezaron con un grupo de soldados, los cuales les apuntaron inmediatamente con sus fusiles.

Bogdan se detuvo y levantó las manos, dando a entender a los extraterrestres que no tenía intención de luchar.

Fabio le imitó.

Los extraterrestres los rodearon y los empujaron con los cañones de sus fusiles de rayos, obligándolos a caminar hacia la puerta de la astronave.

Algunos pasajeros y miembros de la tripulación habían sido atrapados ya por los soldados de la fortaleza flotante, y estaban siendo obligados a descender de la *Afrodita-5.*

El terror, lógicamente, se plasmaba en los rostros de todos.

Les temblaban las piernas, y ello les hacía caminar torpemente.

Una de las azafatas cayó al suelo por ese motivo, precisamente, pues las rodillas le flaqueaban demasiado a causa del pánico. Era morena, y se llamaba Odette.

Fabio había intimado bastante con ella, porque le gustaba Odette, y no sólo físicamente. También le gustaba su carácter, ya que se trataba de una muchacha alegre, simpática, y muy cariñosa.

Por eso, cuando la vio caer, exclamó:

—¡Odette!

Ella le miró, pálida y con las facciones desencajadas.

—¡Fabio!

Como no se levantaba, uno de los soldados le hundió el cañón de su fusil en el costado.

Odette dio un grito de dolor y se encogió.

Fabió sintió que la sangre le quemaba en las venas.

—¡Déjela, cobarde! —rugió, lanzándose hacia el extraterrestre que acababa de golpear a la azafata.

—¡Quieto, Fabio! —ordenó Bogdan, temiendo la reacción de los militares.

El copiloto no le hizo caso y sufrió las consecuencias.

Para empezar, un soldado le dio un golpe en los riñones, con la culata de su fusil.

Fabio emitió un rugido de dolor y cayó al suelo, de rodillas.

El soldado intentó golpearle de nuevo con su arma, pero el terrestre se abalanzó sobre sus piernas y lo derribó, haciéndole perder el fusil de rayos.

Otros dos soldados se lanzaron inmediatamente sobre Fabio, para reducirlo.

Bogdan Werner no fue capaz de permanecer impasible, y salió en ayuda del copiloto, golpeando a uno de los soldados que pretendían

reducir a Fabio Orano.

Fue un duro puñetazo en el estómago, que obligó al militar a doblarse, al tiempo que emitía un extraño rugido, más propio de una fiera que de un ser humano.

Bogdan levantó velozmente su mano izquierda, con el fin de descargarla de canto sobre la espina dorsal del extraterrestre, pero justo en ese instante recibía un golpe en la cabeza, propinado por otro soldado con la culata de su fusil.

El piloto de la *Afrodita-5* dejó escapar un gemido y se desplomó, quedando tendido en el suelo.

Fabio Orano había recibido otro golpe, también en el cráneo, y estaba igualmente inconsciente.

La morena Odette, desde el suelo, había presenciado la pelea.

Una pelea en la que nadie más se atrevió a intervenir.

Odette se incorporó, agarrándose el costado.

No quería recibir más golpes.

Los propios pasajeros y tripulantes de la *Afrodita-5* fueron obligados por los extraterrestres a cargar con los cuerpos inanimados de Bogdan Werner y Fabio Orano.

El resto de los soldados, seguían registrando la astronave y descubriendo terrestres, a los cuales obligaban a caminar hacia la puerta principal de la *Afrodita-5*.

Si alguno se resistía, o se hacía el remolón, le golpeaban con sus fusiles. Y cuando alguna de las mujeres se ponía a chillar, dominada por el pánico, la golpeaban también.

Eran así de duros.

No tenían el menor escrúpulo.

* * *

Vladimir Donov y Rena Birkin se habían escondido en el compartimento de carga, repleto de equipajes y de mercancías.

Era el mejor lugar, en opinión de la azafata, y Vladimir estaba de

acuerdo.

—¿Crees que nos encontrarán, Vladimir? —murmuró Rena.

—Tendrán que registrar el compartimento de carga palmo a palmo, para poder dar con nosotros —repuso el joven—. Y, aún así, es posible que no nos descubran, si somos capaces de cambiar silenciosamente de escondite. Este compartimento es muy grande, y las cajas, los baúles y las maletas pueden ocultarnos perfectamente de las miradas de los extraterrestres.

La azafata se mordió los labios.

—¿Cómo serán, Vladimir?

—No tengo la menor idea.

—Apuesto a que tienen un aspecto horroroso.

—Tal vez no.

—Estoy muy asustada, Vladimir.

—También lo estabas cuando pensabas que iba a violarte, y no pasó nada.

Rena Birkin sonrió ligeramente.

—Me diste un buen susto, sí.

—Porque no me conocías bien.

—Tu compartamiento dejó bastante que desear, ¿sabes?

—¿Y qué me dices del tuyo? Apretones en el cuello, tirones de orejas, de pelo… Aún tengo las orejas calientes. Y me escuece el cuero cabelludo.

La azafata no pudo reprimir una risita.

—Te lo merecías, por embustero y por sinvergüenza.

—Sólo quería estar contigo, Rena. Tenerte en mis brazos, besarte, acariciarte… Me gustaste en cuanto te vi, pero tú no querías nada conmigo. Por eso tuve que recurrir al engaño.

—Y te dio resultado.

—Bueno, sólo a medias. Conseguí que me llevaras a tu camarote, pero no logré engañarte. Te diste cuenta muy pronto de que lo del dolor del cuello no era cierto.

—Sí, pero me tuviste en tus brazos, me basaste, y me acariciaste.

—Fue maravilloso, Rena —sonrió Vladimir, abrazándola.

—¿Qué haces?

—Quiero tenerte otra vez en mis brazos.

—No es el momento, Vladimir.

—Cualquier momento es bueno para abrazar y besar a la mujer que a uno le gusta.

—Estamos a punto de caer en manos de los extraterrestres.

—No te defenderé de ellos si no te muestras cariñosa conmigo.

—Eso es chantaje.

—Llámalo como quieras.

—Está bien, no puedo negarme —suspiró la azafata, y lo besó en los labios.

Estaban agazapados detrás de unas cajas, y desde allí podían ver la puerta del compartimento.

Vladimir, aunque estaba besando a Rena, no perdía de vista la puerta, consciente de que de un momento a otro aparecerían los extraterrestres, para registrar el compartimento de carga.

Y es que, para vigilar la puerta, le bastaba con un ojo.

No necesitaba las manos.

Por eso las utilizó para acariciar el hermoso cuerpo de Rena.

Ella no puso objeciones.

En realidad, le gustaba que Vladimir la besara y la acariciara.

Era un fresco, pero a Rena ya le caía bien.

Tan bien, que no le importaría hacer el amor con él.

En eso estaba pensando la azafata, cuando la puerta del compartimento de carga empezó a abrirse.

Vladimir, pendiente de ella, se dio cuenta en seguida e interrumpió el beso, susurrando:

—Ahí los tenemos, Rena.

—El cielo nos proteja —musitó la muchacha.

Por la grieta que quedaba entre unas cajas y otras, Vladimir y Rena observaron a los extraterrestres, comprobando que tenían aspecto humano.

No obstante, el hecho de que se cubrieran el rostro con sendos cascos, cuyas perforaciones no permitían ver ni siquiera sus ojos, les impresionó a los dos.

Los soldados penetraron en el compartimento, con los fusiles prestos.

Eran exactamente seis.

Demasiados para afrontar con éxito una lucha cuerpo a cuerpo, por lo que Vladimir y Rena continuaron ocultos.

Los soldados se dividieron en parejas y empezaron a registrar el compartimento, sin prisas, porque tenían todo el tiempo del mundo, dado que la astronave terrestre se hallaba ya prisionera en el hangar de la fortaleza flotante.

Una de las parejas venía hacia donde permanecían agazapados Vladimir y Rena, por lo que éstos se vieron obligados a cambiar de escondite.

Vladimir cogió de la mano a la azafata y avanzaron por entre unos baúles, muy encogidos, silenciosos como gatos.

Los soldados seguían avanzando, también.

La mala suerte quiso que Rena tropezara con el extremo de una maleta.

No hizo mucho ruido, pero sí el suficiente como para que fuera captado por los dos soldados que se hallaban más cerca.

Los militares, lógicamente, fueron rápidamente hacia allí.

Vladimir, con el gesto, le ordenó a Rena que se quedara quieta y él se aprestó a hacer frente a la pareja de soldados que estaban a punto de descubrirles.

Su ataque tenía que ser por sorpresa.

Y centelleante.

De otro modo, no lograría reducir a la pareja de soldados.

Lo malo era que llevaban casco, lo que impedia que pudiera golpearles en la cabeza o en la nuca. Ni siquiera podía atizarles un puñetazo en la cara.

Vladimir contuvo la respiración.

Los dos soldados ya estaban allí, al otro lado de los baúles.

Vladimir saltó de pronto, como impulsado por un resorte, y cayó sobre los extraterrestres, derribándolos a ambos.

Uno de los soldados perdió su fusil.

Vladimir se hizo con él en una fracción de segundo y, con la culata del arma, golpeó en el estómago al alienígena que había soltado el fusil en su caída.

El soldado rugió como un animal y se encogió, agarrándose las tripas.

El otro militar intentó golpear a Vladimir, pero éste se le anticipó, arreándole un culatazo en el pecho.

El extraterrestre rugió también como una fiera y soltó su arma.

Vladimir, antes de que se recuperaran, les atizó de nuevo con la culata del fusil que empuñaba, hasta dejarlos inconscientes.

Cuando vio que ya no se movian ni se quejaban, se dispuso a hacer frente a los otros cuatro soldados, que ya corrían hacia allí.

Vladimir se ocultó, con el fusil de rayos firmemente empuñado.

Era un arma extraña para él, pero confiaba en saber usarla, ya que sólo disparando con ella tendría posibilidades de librarse de los cuatro alienígenas que venían en su busca.

CAPITULO VI

Dos de los soldados alcanzaron el lugar en donde yacían, inmóviles, sus dos compañeros, pero no vieron a Vladimir Donov.

Naturalmente, advirtieron que faltaba uno de los fusiles.

Eso, sin duda, fue lo que les hizo exclamar algo en su lengua.

Una lengua extraña.

Difícil.

Imposible de entender.

No obstante, parecía que estaban informando a sus otros dos compañeros de la desaparición de uno de sus poderosos fusiles.

Vladimir surgió de repente, por entre unas cajas, y accionó el arma que le arrebatara a uno de los extraterrestres.

El fusil emitió un par de rayos anaranjados, que fueron a estrellarse en los cuerpos de los dos soldados, quienes, sorprendidos por el relampagueante ataque del terrestre, no tuvieron tiempo de esquivar los disparos.

Resultó fatal para ambos, puesto que aquellos fusiles emitían rayos desintegradores, y quien tenía la desgracia de resultar alcanzado por uno de esos rayos, no vivía para contarlo.

Vladimir, con ojos agrandados, contempló la total desintegración de la pareja de soldados, cuyos cuerpos se tornaron primeramente del mismo color que los rayos, o sea, anaranjados, adquiriendo también la luminosidad de los mismos.

Una luminosidad brillante, cegadora, destellante, que en sólo unos segundos convirtió en humo los cuerpos de los dos alienígenas.

No quedó nada de ellos.

Ni siquiera los dorados cascos.

Inluso las armas que empuñaban se desintegraron.

Vladimir, impresionado, se ocultó de nuevo.

Resultó providencial, porque los dos soldados que quedaban en

condiciones de presentar batalla acaban de descubrirle, y no dudaron en accionar sus fusiles.

El par de rayos anaranjados chocaron contra unas cajas, que inmediatamente se tornaron de ese color y se llenaron de una luz cegadora.

Habían empezado a desintegrarse.

Vladimir, desde su nueva posición, hizo funcionar de nuevo el poderoso fusil que empuñaba, cuyo manejo era mucho más sencillo de lo que él supuso en un principio.

Efectuó dos disparos, muy veloces, y como la distancia era corta, no falló ninguno, alcanzando al par de extraterrestres, quienes, al igual que sus compañeros, se convirtieron instantáneamente en dos figuras anaranjadas y luminosas, para poco después transformarse en humo y desaparecer por completo.

Ni rastro quedó de ellos, como tampoco lo había quedado de sus dos compañeros ni de las cajas de mercancías que recibieron el par de rayos desintegradores destinados al terrestre,

Vladimir miró el arma que empuñaba.

Y lo hizo casi con temor.

Era tremendo tener en las manos un fusil tan poderoso.

De pronto, oyó la temblorosa voz de Rena Birkin:

—¿Vladimir…?

—¡Puedes salir, Rena! ¡La situación está dominada! —hizo saber el joven.

La azafata, que no había podido presenciar nada desde su escondite, aunque sí había captado los resplandores de los cuerpos de los soldados y de las cajas de mercancías al desintegrarse, se dejó ver.

—¿Qué ha pasado, Vladimir…?

—He reducido a dos de ellos, y he desintegrado a los otros cuatro con uno de sus propios fusiles.

—¿Desintegrado?… —respingó Rena.

—Sí, no ha quedado nada de ellos. Sus armas son temibles.

—¡Qué horror!

—Tenemos que actuar de prisa, Rena.

—¿Actuar?

—Sí, antes de que se recobren los dos seres que dejé inconscientes a culatazos. Y sospecho que no tardarán en despertar.

—¿Qué tenemos que hacer, Vladimir?

—Despojarlos de sus ropas.

La azafata respingó de nuevo.

—¿Desnudarlos…?

—Sí.

—¿Para qué?

—Necesitamos sus uniformes para salir de aquí. Vestidos como ellos, no tendremos problemas, porque nadie nos verá las caras.

—Pero..

—Vamos, Rena, obedece. Pueden venir más extraterrestres, al ver que éstos no regresan.

—Está bien.

Vladimir se había apoderado del otro fusil y ya estaba desabrochando el cinto del alienígena que él se iba a encargar de desnudar.

Rena se ocupó del otro, pero ella no empezó por el cinto, sino por el casco, arrancándoselo de un tirón.

Al ver el rostro de extraterrestre, la azafata dio un chillido y dejó caer el dorado casco.

—¡Vladimir…! —gritó, con ojos espantados.

* * *

Vladimir Donov clavó sus ojos en la cara del alienígena cuyo

metálico casco acababa de ser arrebatado por Rena Birkin, y no pudo evitar que un profundo escalofrío le recorriera el cuerpo de arriba abajo al ver lo que vio.

El rostro de aquel ser era horroroso.

Escalofriante de verdad.

No era la cara de un ser humano, sino la de un animal.

Ojos, nariz, boca, orejas...

Todo era monstruoso.

Y, por si fuera poco, tenía la piel verdosa, dura, y cubierta de rugosidades.

Con razón se cubrían el rostro con un casco.

No se podía andar por ahí con una cara así, matando a sustos a la gente.

Era lo que pensaba Vladimir, claro, aunque sabía que aquellos seres usaban el casco como protección, no porque fueran más feos que una blasfemia.

Para colmo, no tenían pelo.

Y no es que se afeitaran el cráneo.

Sencillamente, no les crecía, y en lugar de pelo, tenían escamas, lo cual acentuaba su aspecto de animal.

Vladimir carraspeó y dijo:

—Son más bien feítos, ¿no, Rena?

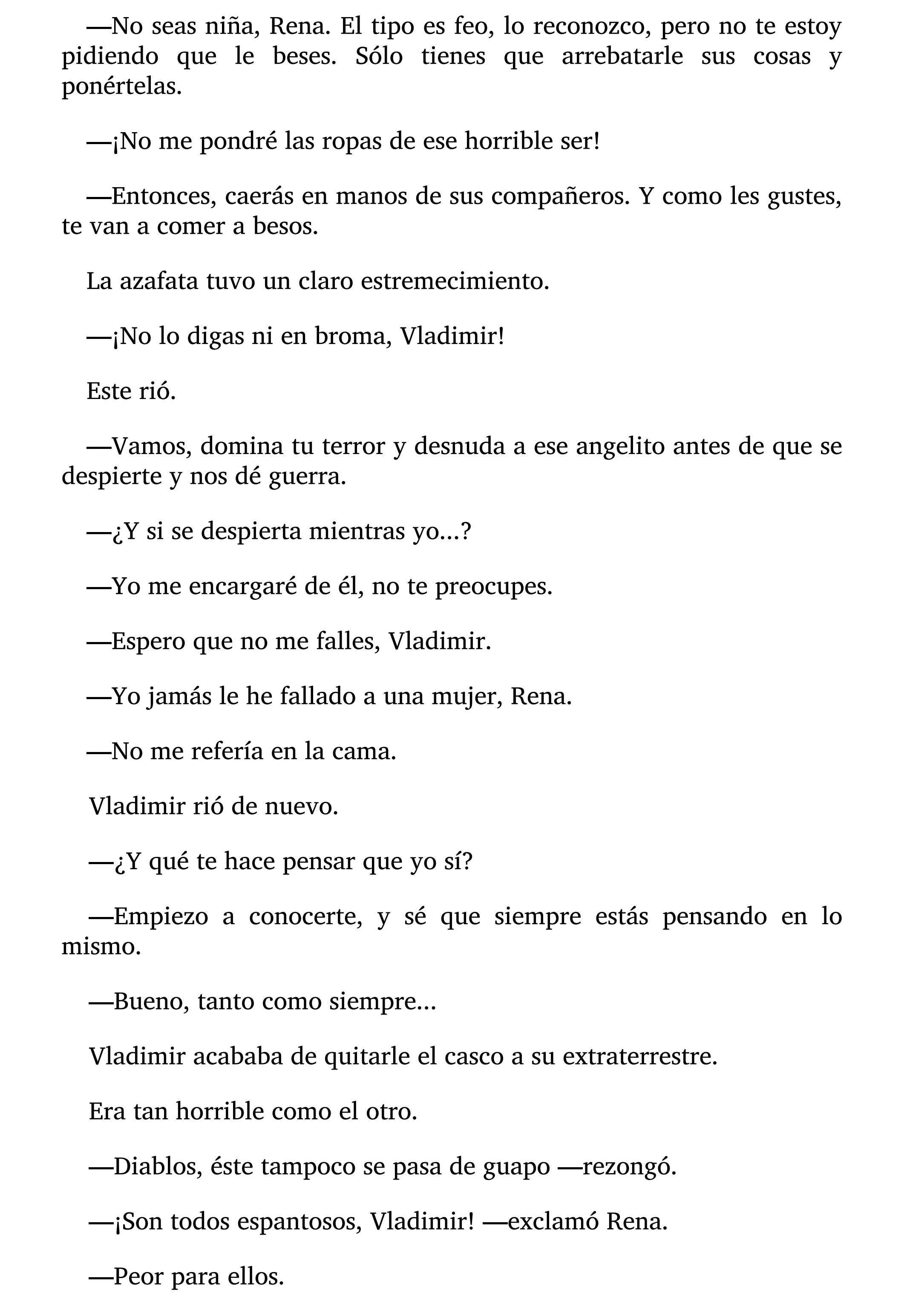
—¿Feítos...? ¡Son horripilantes!

—Bueno, si los comparas con un tipo tan guapetón como yo, es natural que te parezcan horripilantes.

—¡Déjate de bromas, Vladimir!

—Tienes razón, debemos continuar.

—¡Me niego a quitarle la ropa a este monstruo!



—No seas niña, Rena. El tipo es feo, lo reconozco, pero no te estoy pidiendo que le beses. Sólo tienes que arrebatarle sus cosas y ponértelas.

—¡No me pondré las ropas de ese horrible ser!

—Entonces, caerás en manos de sus compañeros. Y como les gustes, te van a comer a besos.

La azafata tuvo un claro estremecimiento.

—¡No lo digas ni en broma, Vladimir!

Este rió.

—Vamos, domina tu terror y desnuda a ese angelito antes de que se despierte y nos dé guerra.

—¿Y si se despierta mientras yo...?

—Yo me encargaré de él, no te preocupes.

—Espero que no me falles, Vladimir.

—Yo jamás le he fallado a una mujer, Rena.

—No me refería en la cama.

Vladimir rió de nuevo.

—¿Y qué te hace pensar que yo sí?

—Empiezo a conocerte, y sé que siempre estás pensando en lo mismo.

—Bueno, tanto como siempre...

Vladimir acababa de quitarle el casco a su extraterrestre.

Era tan horrible como el otro.

—Diablos, éste tampoco se pasa de guapo —rezongó.

—¡Son todos espantosos, Vladimir! —exclamó Rena.

—Peor para ellos.

Continuaron despojándolos a los dos de sus ropas.

Al quitarles las botas, comprobaron que también sus pies eran verdosos, de piel dura y rugosa, con unas uñas tan afiladas que más parecían garras.

Lo mismo sucedía con sus manos, según pudieron ver cuando les quitaron los guantes. Eran auténticas zarpas de animal.

Al despojarlos de los plateados trajes, comprobaron que el resto de sus cuerpos eran igualmente verdoso, de piel dura y rugosa.

Indudablemente, se trata de unos seres fuertes, musculosos, de extraordinario poderío físico.

Bajo los trajes, sólo llevaban un breve pantaloncito rojo.

—Qué coquetones —dijo Vladimir, con ironía.

—Me alegro de que lleven algo debajo de los trajes, ¿sabes? —rezongó Rena.

—¿Por qué?

—Demasiado lo sabes.

—¿No sientes curiosidad por saber cómo...?

—Ninguna —le atajó Rena—, ¿Y tú?

—Tampoco. Si fueran hembras, todavía, pero tratándose de varones, no me interesa en absoluto.

—Cuando yo digo que siempre estás pensando en lo mismo... —gruñó la azafata.

Vladimir se echó a reír.

Pero la risa le duró muy poco, porque el extraterrestre que había sido desnudado por Rena se despertó en ese preciso momento y atacó furiosamente a la azafata.

CAPITULO VII

—¡Cuidado, Rena! —gritó Vladimir Donov, echando mano velozmente de uno de los fusiles de rayos desintegradores.

—¡Vladimir...! —chilló la azafata, que había dado un gran salto hacia atrás, esquivando el ataque del extraterrestre.

Este quería alcanzar la pistola que le había arrebatado Rena Birkin, al despojarle del cinto, pero Vladimir Donov no permitió que se hiciera con el arma.

Antes de que los verdosos dedos del alienígena llegaran a rozar la extraña pistola, Vladimir accionó el disparador del fusil y el rayo anaranjado brotó instantáneamente, alcanzando al extraterrestre en la espalda.

Rena Birkin pudo ver ahora, con sus propios ojos, cómo se desintegraban los seres u objetos alcanzados por aquellos poderosos rayos color naranja, tan brillantes que dañaban la vista.

La escena duró sólo unos pocos segundos, pero la azafata quedó tan hondamente impresionada, que faltó un pelo para que se desmayara.

—¡Se ha esfumado, Vladimir! —exclamó, haciendo un par de gallos con la voz.

—Te dije que estas armas son temibles —recordó el joven—. Yo me impresioné tanto como tú cuando vi que...

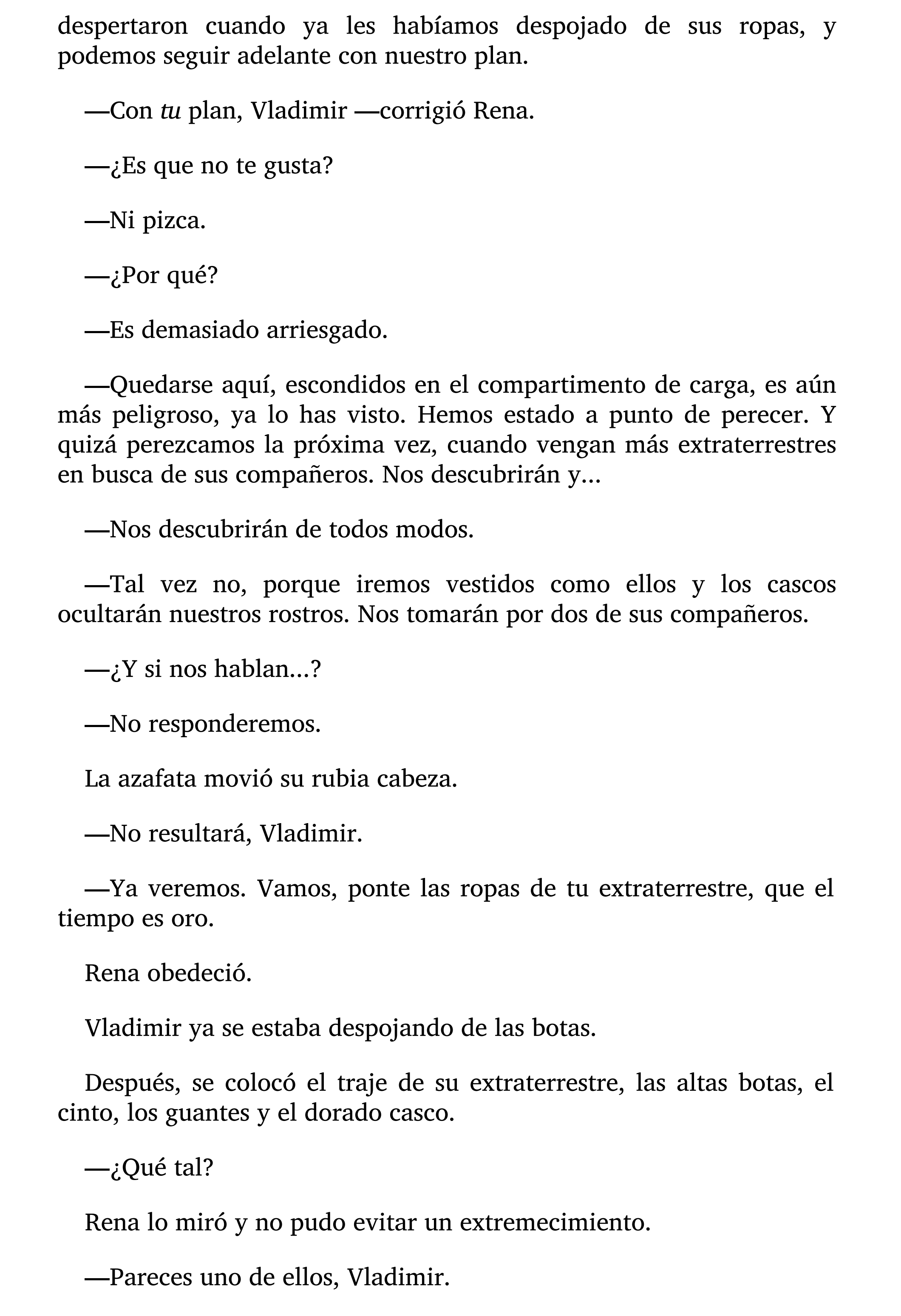
—¡Cuidado, Vladimir! —chilló Rena, al ver que el otro extraterrestre se despertaba también y se lanzaba sobre el joven.

Vladimir volvió velozmente el fusil hacia el alienígena y accionó de nuevo el disparador, alcanzando al horrible ser antes de que éste cayera sobre él.

El soldado se tornó anaranjado y brillante, como el rayo desintegrador, y poco después se convertía en humo, como su compañero.

Vladimir exhaló un suspiro.

—Bueno, ya nos los hemos cargado a los seis. Por fortuna, éstos dos


despertaron cuando ya les habíamos despojado de sus ropas, y podemos seguir adelante con nuestro plan.

—Con *tu* plan, Vladimir —corrigió Rena.

—¿Es que no te gusta?

—Ni pizca.

—¿Por qué?

—Es demasiado arriesgado.

—Quedarse aquí, escondidos en el compartimento de carga, es aún más peligroso, ya lo has visto. Hemos estado a punto de perecer. Y quizá perezcamos la próxima vez, cuando vengan más extraterrestres en busca de sus compañeros. Nos descubrirán y...

—Nos descubrirán de todos modos.

—Tal vez no, porque iremos vestidos como ellos y los cascos ocultarán nuestros rostros. Nos tomarán por dos de sus compañeros.

—¿Y si nos hablan...?

—No responderemos.

La azafata movió su rubia cabeza.

—No resultará, Vladimir.

—Ya veremos. Vamos, ponte las ropas de tu extraterrestre, que el tiempo es oro.

Rena obedeció.

Vladimir ya se estaba despojando de las botas.

Después, se colocó el traje de su extraterrestre, las altas botas, el cinto, los guantes y el dorado casco.

—¿Qué tal?

Rena lo miró y no pudo evitar un extremecimiento.

—Pareces uno de ellos, Vladimir.

—¿Verdad que sí?

—A mí me va a quedar mucho peor el disfraz.

—¿Por qué?

—Por esto, principalmente —la azafata se tocó los senos.

Vladimir rió.

—Tendrás que disimular tus protuberancias pectorales, Rena.

—¿Cómo?

—Aplastándolas todo lo que puedas.

—¿Con qué?

—Con la blusa.

—No será fácil.

—Despójate de ella y enróllatela al pecho como si fuera una bufanda.

—Muy gracioso —gruñó la azafata.

—Hablo en serio, Rena. Prueba y verás como da resultado.

—No lo creo, pero lo intentaré. No quiero que digas que el plan fracasó por mi culpa.

Rena le dio la espalda a Vladimir, se quitó la brillante blusa, y se la enrolló al pecho, oprimiendo al máximo sus senos.

—Anúdamela a la espalda, Vladimir. Bien fuerte.

—En seguida.

Vladimir anudó la blusa, después de tensarla todo lo que pudo.

Rena se volvió.

—Me parece que no hemos logrado mucho —murmuró, mirándose.

—Bueno, es que había mucho que disimular —carraspeó Vladimir.

—Gracias por el piropo.

—De todos modos, ahora será más fácil que los extraterrestres

descubran que eres una mujer. Vamos, acaba de enfundarte el traje —apremió Vladimir.

Rena obedeció.

Una vez cerrado el traje, aún quedaron más disimulados sus relieves pectorales.

La azafata se colocó el cinto, los guantes y el casco metálico.

—¿Cómo me ves, Vladimir?

—Como un extraterrestre más. Sólo te falta esto —Donov le entregó uno de los fusiles.

—¿De verdad no se nota que soy una mujer...?

—En absoluto. Y seguirá sin notarse mientras no llenes demasiado tus pulmones de aire.

—Descuida, no lo haré.

—Anda, vamos. No podemos continuar aqui.

—Dios nos ayude —musitó la azafata, y siguió a Vladimir.

Alcanzaron la puerta del compartimento de carga.

Vladimir la abrió y salieron cautelosamente de él.

Por el momento, no vieron ningún extraterrestre.

Vladimir y Rena echaron a andar, en dirección a la puerta principal de la astronave.

Poco después, se tropezaron con una pareja de soldados.

Vladimir y Rena se detuvieron.

La azafata, muy nerviosa, tuvo que hacer un esfuerzo para no emitir un gemido de terror. Lo que no pudo evitar, es que le temblara el fusil en las manos.

Los soldados empujaban con los cañones de sus fusiles a un hombre y una mujer, obligándolos a caminar.

Era una pareja joven.

Y estaban casados.

Se habían escondido en su camarote, pero habian sido descubiertos por la pareja de extraterrestres.

Rena conocía sus nombres.

Se llamaban Ulf y Anita Andersson, y eran de origen nórdico.

El era un tipo atlético, y ella, una mujer muy atractiva.

Ulf se agarraba el hombro izquierdo, porque había recibido un duro culatazo en él al intentar sorprender a la pareja de extraterrestres, lo cual no consiguió.

Anita no había sido maltratada, pero se veia pálida, trémula, aterrorizada. Iba cogida de la cintura de su marido, y gracias a eso no se desplomaba, porque la verdad es que se había quedado sin fuerzas en las piernas.

Los extraterrestres que los conducían hacia la puerta principal de la astronave se detuvieron junto a los inmóviles Vladimir y Rena, y uno de ellos se dejó oír:

—¿Grosca mic atam orac?

Vladimir Donov y Rena Birkin se miraron instintivamente a través de las perforaciones de los dorados cascos.

El nerviosismo de la azafata, lógicamente, se había acentuado al oír hablar a uno de los extraterrestres.

Era evidente que les estaba preguntando algo, y ellos no podían responderle, porque no tenían ni idea de lo que el alienígena decía.

El soldado, sin duda extrañado del silencio de los que creía sus compañeros, repitió la pregunta, pero elevando el tono de su voz, como dando a entender que se hallaba molesto.

—¿Grosca mic atam orac?

Vladimir se dijo que no tenía más remedio que responder algo, aunque de forma poco clara y procurando imitar el tono de voz de aquellos seres de rostro tan horrible.

—*Grosca, grosca, mic* —contestó, al tiempo que extendía el brazo izquierdo hacia atrás.

Ahora fueron los extraterrestres los que intercambiaron una mirada, seguramente de perplejidad, porque la respuesta de Vladimir no tenía sentido.

El terrestre, aprovechando el desconcierto de la pareja de alienígenas, apuntó ahora con el brazo hacia el extremo opuesto del corredor y exclamó:

—¡Atam, atam, orad

Los soldados mordieron el anzuelo y se volvieron con rapidez.

Era lo que Vladimir esperaba que hicieran, para poder dispararles sin riesgo para él ni para Rena.

Hizo funcionar el fusil que empuñaba.

Los rayos desintegradores alcanzaron en la espalda a la pareja de extraterrestres, cuyos cuerpos se volvieron inmediatamente de color naranja y se llenaron de una luz cegadora.

Ulf y Anita Andersson, con ojos dilatados, contemplaron la desintegración de los dos soldados.

No comprendían nada.

Vladimir, para tranquilizarles, se levantó un instante el casco y dejó ver su rostro.

—No temáis, somos terrestres.

Rena imitó a Vladimir, mostrando también su rostro.

—Soy Rena Birkin, una de las azafatas.

Los Andersson la reconocieron al instante.

También recordaban la cara de Vladimir.

Este explicó:

—Hemos eliminado a varios extraterrestres, y nos hemos puesto las ropas de dos de ellos. Vamos a fingir que os hemos atrapado, para que los extraterrestres no sospechen de nosotros. Os llevaremos como os llevaban los soldados que os atraparon, y vosotros, por favor, simulad que estáis aterrorizados. Es muy importante, si queremos que todo salga bien.

—Lo haremos, sí —prometió Ulf, esperanzado.

Vladimir se colocó nuevamente el casco, y Rena se apresuró a cubrir también su rostro.

—Vamos —indicó Vladimir, empujando ligeramente con el extremo de su fusil a Ulf.

Rena hizo lo propio con Anita.

Los Andersson reanudaron la marcha, poniendo las mismas caras que tenían antes de que aparecieran Vladimir y Rena.

* * *

La puerta principal de la *Afrodita-5* estaba custodiada por media docena de soldados, quienes contemplaban cómo sus compañeros iban apareciendo con los prisioneros terrestres y los hacían descender de la astronave.

La verdad es que casi todos los terrestres habían sido sacados ya de la *Afrodita-5*. Quedaban muy pocos escondidos en la astronave, pero ésos tampoco tardarían en ser localizados y obligados a caminar hacia la puerta principal de la astronave.

Vladimir Donov y Rena Birkin aparecieron, empujando a los Andersson con sus fusiles.

No habían tenido ningún problema desde que libraran a Ulf y Anita de la pareja de extraterrestres, pero ahora podían tener uno muy gordo si los soldados que vigilaban la puerta de la astronave sospechaban de ellos.

Y aunque no sospechasen.

Bastaría con que les preguntasen algo, para que su plan se viniese abajo.

Rena se hallaba terriblemente nerviosa, aunque se esforzaba por disimularlo. Temía que alguno de los extraterrestres advirtiese que su pecho no era plano, yno sólo no llenaba sus pulmones de aire, sino que lo había expulsado casi todo, conteniendo además la

respiración.

Por fortuna, el traje del extraterrestre que ella se había enfundado le venía holgado, y ello contribuía a disimular sus relieves pectorales,

por otra parte oprimidos por la blusa que llevaba enrollada al pecho a modo de bufanda, como dijera Vladimir con buen humor.

La holgura del traje disimulaba, también, la pronunciada curva de sus caderas, la firme redondez de sus nalgas, y la maravillosa esbeltez de sus muslos.

Desgraciadamente, no todo eran ventajas.

Las botas le quedaban muy grandes, y ello le impedía caminar con la seguridad que sería de desear. También los guantes le quedaban demasiado grandes, y corría el riesgo de perder uno y dejar al descubierto su mano, que no tenía nada de verdosa, de dura, ni de rugosa, además de poseer unas uñas preciosas, no las garras que tenían los extraterrestres que viajaban en la enorme fortaleza flotante.

Vladimir adivinaba que Rena lo estaba pasando francamente mal en aquellos momentos, pero no podía darle ánimos más que con el pensamiento, lo cual, claro, servía de bien poco.

En realidad, él también temía que los soldados que custodiaban la salida de la astronave advirtiesen algo raro en el físico o en la forma de moverse de la azafata.

De ahí su tensión.

Sabía que se estaban jugando mucho.

La vida, probablemente.

No obstante, Vladimir controlaba perfectamente su tensión, y nada raro podrían advertir los alienígenas en él.

También Ulf y Anita representaban bien su papel.

A ellos, naturalmente, les resultaba más fácil, pues, aunque sabían que no estaban siendo empujados por dos extraterrestres auténticos, sino por otro pasajero y por una de las azafatas, seguían teniendo miedo, así que no necesitaban fingirlo.

Sentían miedo, sí, porque todos los demás extraterrestres eran auténticos y Vladimir y Rena podían ser descubiertos en cualquier instante por ellos.

Anita rezaba para que no fuera así.

No sabía si Vladimir y Rena podrían hacer mucho o poco por ellos

dos y por los demás terrestres apresados, pero era importante que continuasen libres.

Era, además, su única esperanza de salvación.

Lo mismo pensaba Ulf, y también él pedía al cielo que Vladimir y Rena no fuesen descubiertos… y seguramente eliminados.

Por el momento, afortunadamente, todo iba bien.

Estaban ya muy cerca de la salida de la astronave, y ni los seis soldados que la custodiaban, ni los que venían hacia ella empujando a otros cautivos terrestres, parecían sospechar que dos seres de su raza habían sido suplantados por Vladimir y Rena.

El momento más peligroso, sería cuando intentasen cruzar la salida.

Si alguno de los extraterrestres se dirigía a ellos…

Con el aliento contenido, Vladimir y Rena empujaron a Ulf y Anita hacia la puerta de la astronave, pasando por en medio de los soldados que la vigilaban.

Ninguno les dijo nada.

Y es que estaban más pendientes de los cautivos terrestres que de sus propios compañeros, por lo que nadie advirtió que a Rena le quedaba sospechosamente holgado el traje, que le venían grandes las botas y los guantes, y que su pecho no estaba plano.

Ulf y Anita cruzaron la puerta y empezaron a descender de la astronave, seguidos de Vladimir y Rena.

La azafata sentía deseos de gritar de alegría, por haber superado satisfactoriamente aquella prueba de fuego.

Ahora, ya se sentía un poco más tranquila.

Incluso se atrevió a respirar un poco más hondo, notando la presión que su enrollada blusa ejercía sobre sus senos, impidiendo que se destacaran.

Mientras descendían por la escalera, Vladimir observó el enorme hangar, las naves y los vehículos que se veían en él, y adivinó que la *Afrodita-5* se hallaba en las entrañas de la fortaleza flotante.

Vio, también, que los prisioneros terrestres eran conducidos hacia

una puerta de guillotina, y él y Rena empujaron asimismo a Ulf y Anita hacia allí.

Alcanzaron la salida del hangar sin problemas.

Vladimir, Rena y los Andersson la cruzaron y, siguiendo siempre a los extraterrestres que les precedían, empujando con sus fusiles a otros cautivos, llegaron a lo que parecía ser una prisión.

Se trataba de dos amplios recintos barrados, metálicos, brillantes.

Eran de forma cuadrangular, y en ellos estaban siendo introducidos los pasajeros y los miembros de la tripulación de la *Afrodita-5,* aunque antes eran separados por los soldados que vigilaban los recintos, destinando uno de ellos a los hombres, y el otro a las mujeres y los niños, que también había.

Afortunadamente, eran sólo unos pocos.

Y lloraban, claro.

Eran los más aterrorizados.

En el recinto destinado a los varones, Rena descubrió a Bogdan Werner y Fabio Orano, tirados en el suelo, inconscientes, y adivinó que habían sido golpeados por los soldados.

Naturalmente, Ulf y Anita también fueron separados, entrando él en el recinto de los hombres y ella en el de las mujeres y los niños.

Vladimir y Rena, muy a su pesar, tuvieron que dar media vuelta y abandonar la prisión, porque eso era lo que hacían los extraterrestres después de entregar sus cautivos a los soldados que se encargaban de meterlos en los recintos barrados.

De momento, no podían hacer nada por liberar a los prisioneros.

Había demasiados soldados por allí, yendo y viniendo.

Lo que debían hacer, era despistarse y esconderse en un lugar seguro, a la espera de poder hacer algo efectivo por el resto de los pasajeros y por los miembros de la tripulación.

Lo malo es que no iba a ser fácil despistarse, por culpa de los soldados que iban y venían.

Vladimir, muy atento, esperaba el momento oportuno para

desviarse del trayecto que conducía al hangar de la fortaleza espacial.

Y se les presentó.

Por un instante, aunque muy fugaz, dejaron de ser vistos por los extraterrestres que traían más cautivos y por los que regresaban a la astronave.

Vladimir no lo dudó ni un segundo y empujó a la azafata, exclamando en voz baja:

—¡Por ahí, Rena!

La muchacha echó a correr por aquella especie de pasadizo que había surgido a su izquierda, y que sólo los extraterrestres sabrían adonde diablos conducía.

Vladimir corrió también.

Mientras lo hacía, giró un par de veces la cabeza. Quería saber si alguno de los soldados les había visto meterse en aquel pasadizo y venía tras ellos. Afortunadamente, nadie les seguía.

Los alienígenas no les habían visto escabullirse. El pasadizo torcía a la derecha.

Antes de doblar por él, Vladimir se detuvo y obligó a Rena a detenerse también.

—Un momento, Rena —dijo, a media voz.

Después, se asomó cuatelosamente.

Vio una puerta al fondo.

Y estaba custodiada por una pareja de soldados. Inmediatamente tuvo la idea.

Desintegraría a los dos guardiantes y él y Rena ocuparían sus puestos.

Era un buen escondite.

* * *

Cuando Bogdan Werner y Fabio Orano volvieron en sí, no se sorprendieron demasiado de verse encerrados en una gran celda, junto con otros miembros de la tripulación y un buen número de pasajeros, todos ellos varones.

El doctor Eckert, médico de la *Afrodita-5,* se hallaba junto a ellos, atendiéndoles.

—¿Cómo se siente, comandante? —preguntó el galeno, que contaba treinta y ocho años de edad, tenía una estatura normal, y era más bien delgado.

—Me duele mucho la cabeza, doctor —respondió Bogdan, llevándose la mano al cráneo.

—Tiene un fuerte golpe en ella.

—A mí también me atizaron duro —masculló Fabio—. En la testa, y en los riñones.

—Estos extraños seres no se andan con bromas, desde luego —rezongó el doctor Eckert, mirando a los soldados que vigilaban el par de amplias celdas.

—Nos han atrapado a todos, ¿no, doctor? —dijo Bogdan.

—Eso parece.

—Y han separado a las mujeres y los niños —observó Fabio, mirando la celda contigua.

—Sí —asintió el médico.

Fabio descubrió a Odette, la azafata morena con la que él solía hacer el amor.

Ella le estaba mirando, pálida, asustada, y dolorida.

Fabio le sonrió suavemente, para infundirle ánimos.

Odette le devolvió la sonrisa, aunque tuvo que forzarla, ya que sentía más deseos de llorar que de sonreír.

De hecho, había llorado ya.

Tenía los ojos enrojecidos.

Bogdar Werner dijo:

—No veo a Rena Birkin.

—Yo tampoco —habló Fabio Orano, buscándola con la mirada.

—Ni yo —murmuró el doctor Eckert.

—Esperemos que no la hayan matado.

—Rena Birkin está bien, comandante —dijo alguien, tras ellos.

Bogdan, Fabio y el doctor Eckert se volvieron y descubrieron a Ulf Andersson.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el primero.

Ulf, sin alzar la voz, le contó lo que habían hecho Vladimir Donov y Rena Birkin.

El piloto, el copiloto y el médico se quedaron asombrados.

Tras el asombro, sin embargo, renació su esperanza.

—Es magnífico que Vladimir y Rena estén libres y en condiciones de ayudarnos —dijo Bogdan.

—¿De verdad cree usted que podrán hacer algo por nosotros, comandante?

—Es muy posible que sí, Ulf. Ese Vladimir ha demostrado ser un tipo valeroso, inteligente, y efectivo. Si los extraterrestres no los descubren, encontrará la manera de ayudarnos, ya lo verá.

—Seguro que sí —opinó Fabio.

—De momento, ha conseguido lo que ninguno denosotros fue capaz de lograr: burlar a los extraterrestres —señaló el doctor Eckert.

—Y eliminar a algunos de ellos, desintegrándolos con sus propios fusiles —añadió Fabio.

—Debemos confiar en ese valiente —dijo Bogdan.

—Sí, él es nuestra única esperanza —suspiró Ulf Andersson.

* * *

Lysmina, hija de Tanko, rey del planeta Donbo, era una preciosa muchacha perteneciente a una raza diferente a la que pertenecían los soldados que viajaban en la fortaleza espacial.

Ella, lo único que tenía verdoso, era el cabello.

Un cabello muy largo, suave, brillante, que realzaba la belleza de su rostro. Tenía los ojos grandes y rasgados, protegidos por unas pestañas muy largas y sedosas, la nariz perfecta, los labios carnosos y sensuales, de un rojo muy vivo y brillante.

Lucía una larga túnica rosada, abierta por los lados, cuya transparencia permitía vislumbrar sus hermosos senos, redondos y firmes, su liso vientre, y sus formidables piernas.

Bajo la finísima túnica, Lysmina sólo llevaba un minúsculo pantaloncito dorado. Iba descalza, pero sus tobillos estaban adornados por sendos aros de oro.

También llevaba brazaletes, igualmente de oro, y una preciosa diadema en su cabeza, con un elevado número de piedras preciosas incrustadas en ella.

Lysmina se encontraba en sus aposentos, recostadasobre unos almohadones, con el gesto triste, la mirada perdida, y los pensamientos muy lejos de allí.

En Donbo, concretamente.

Era su mundo.

Un mundo del que ella había sido arrancada por el cruel y ambicioso Zago, principal enemigo del rey Tanko, cuya corona pretendió arrebatar, sin conseguirlo.

Sí, Zago fracasó en su intento de usurpar la corona de Tanko y proclamarse rey de Donbo, por lo que se vio obligado a huir en su fortaleza espacial, llevándose a la princesa Lysmina como rehén.

De esta manera, se aseguraba de que el rey Tanko no atacaría su fortaleza flotante, para no poner en peligro la vida de su única hija, la hermosa Lysmina.

Y así fue.

Zago y los suyos no fueron atacados por las naves del rey Tanko, y

pudieron alejarse tranquilamente de Donbo en su fortificación espacial, no sin antes jurar que volverían y presentarían nuevamente batalla al rey Tanko y los suyos.

Lysmina se preguntaba cuándo sería eso.

También se lo había preguntado a Zago, claro, y más de una vez, pero éste jamás daba una respuesta concreta.

Lysmina odiaba a Zago, y no sólo porque la había arrancado de Donbo.

Tenía otros muchos motivos para desear su muerte.

Si pudiera, ella misma acabaría con él.

Pero no tenía con qué.

Siempre estaba vigilada, no podía salir de sus aposentos, y no tenía, por tanto, acceso a arma alguna.

En todo ello estaba pensando, cuando Zago se personó en sus aposentos. Entró sin avisar, como de costumbre, y Lysmina se sobresaltó al verle.

Zago medía casi dos metros de estatura y era extraordinariamente corpulento. Sus facciones, aunque duras, podían considerarse correctas, ya que tampoco él pertenecía a la misma raza de seres que los soldados que viajaban en la fortaleza flotante.

No tenia, pues, cara de animal, sino de hombre.

Y tenia pelo.

Un pelo recio y plateado, que más parecían fibras de metal que cabellos.

Zago vestía un magnifico traje rojo, con muchos adornos, y calzaba unas altas botas doradas, igualmente artísticas. De su cinto, normalmente, pendía una pistola de rayos desintegradores, pero nunca entraba con ella en los aposentos de Lysmina.

Sabía que la hija del rey Tanko le odiaba a muerte, porque ella misma se lo había confesado repetidas veces, y no quería ofrecerle en bandeja la oportunidad de acabar con él.

Por eso siempre entraba desarmado en las habitaciones de Lysmina,

ubicadas en lo más profundo del hermoso palacio que se levantaba en medio de la fortaleza flotante.

Zago sonrió ligeramente.

—Hola, Lysmina.

—¿Qué es lo que quieres?

—Sentía deseos de verte.

—Yo no siento el menor deseo de verte a ti, así que ya puedes marcharte.

Zago, lejos de obedecer, se sentó en el suelo, sobre los almohadones, muy cerca de la bella Lysmina.

—¿Cuándo dejarás de mostrarte arisca conmigo, princesa?

—Nunca.

—No te conviene tratarme así, y tú lo sabes.

—Te trato como te mereces.

—Soy enemigo de tu padre, no enemigo tuyo.

—Me raptaste.

—Era necesario, para poder escapar del castigo de tu padre.

—No sólo me raptaste por eso, confiésalo. Querías tenerme en tu fortaleza para gozar de mí y de mi cuerpo siempre que te apeteciera. Y lo has hecho.

—Me gustas muchísimo, Lysmina —dijo Zago, posando su mano en la cadera de la muchacha, visible en parte.

Ella le soltó un zarpazo.

—No me toques, Zago. Me repugna el contacto de tu asquerosa mano.

—No es cierto. Has temblado de placer en mis brazos.

—¡No temblaba de placer, sino de ira!

—Mientes. Te gusta que te haga el amor, sólo que no quieres

confesarlo.

—¿Gustarme...? ¡Siento asco, Zago!

Los músculos faciales del jefe de la fortaleza flotante se contrajeron visiblemente.

—Conque sientes asco, ¿eh?

—¡Sí!

—Muy bien, no volveré a tocarte. En la astronave que hemos capturado viajaban mujeres de raza muy similar a la nuestra, y algunas de ellas son muy hermosas y deseables. Me divertiré con ellas.

—¡Hazlo, cerdo!

Zago no pudo reprimirse y le dio una bofetada, haciéndola sangrar por la comisura de la boca.

—¡Cobarde! —gritó Lysmina.

Zago estuvo a punto de abofetearla de nuevo, pero logró contenerse y se puso en pie de un salto, abandonando rápidamente los aposentos de la hija del rey Tanko.

Tras comprobar que dos soldados custodiaban la puerta que se veía al fondo del pasadizo, Vladimir Donov se ocultó rápidamente y dijo en voz baja:

—Hay un par de extraterrestres vigilando la puerta que se ve al final del corredor.

—No podemos seguir, entonces —murmuró Rena Birkin.

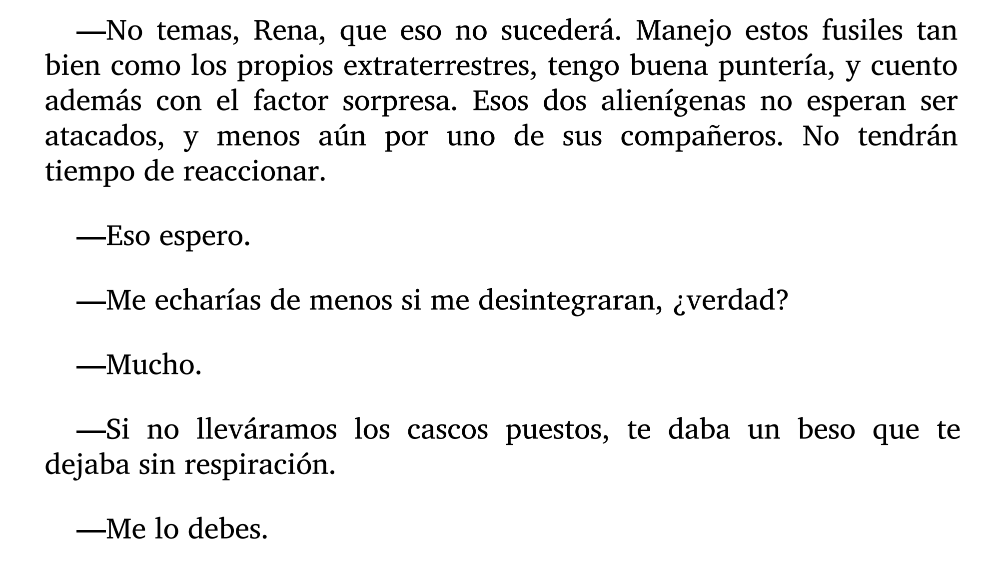
—Voy a eliminarlos.

—¿Eliminarlos?...

—Sí, los desintegraré y ocuparemos sus puestos. De esa manera, si alguien nos ve, nos tomará por la pareja de guardianes que vigilan la puerta que hay al fondo del pasadizo, y no tendremos problemas.

La azafata le cogió el brazo.

—Ten cuidado, Vladimir. Pueden ser ellos los que te desintegren a ti.



—No temas, Rena, que eso no sucederá. Manejo estos fusiles tan bien como los propios extraterrestres, tengo buena puntería, y cuento además con el factor sorpresa. Esos dos alienígenas no esperan ser atacados, y menos aún por uno de sus compañeros. No tendrán tiempo de reaccionar.

—Eso espero.

—Me echarías de menos si me desintegraran, ¿verdad?

—Mucho.

—Si no lleváramos los cascos puestos, te daba un beso que te dejaba sin respiración.

—Me lo debes.

—Bien.

No hablaron más.

Había llegado el momento de entrar en acción, y Vladimir Donov se preparó para ello.

Apretó con fuerza el fusil de rayos desintegradores, contuvo la respiración, y dio un gran salto hacia adelante.

Los soldados le vieron surgir, pero antes de que acertaran a reaccionar, el arma que empuñaba Vladimir escupió un par de rayos anaranjados.

Los disparos, muy certeros, alcanzaron por completo y entonces dijo:

—Eliminados, Rena.

—¡Qué grande eres, Vladimir! —exclamó la azafata, dejándose ver.

Donov rió.

—Vamos, preciosa.

Caminaron hacia la puerta y se colocaron frente a ella, como si fueran los auténticos guardianes.

—Aquí estaremos seguros, Rena.

—¿Qué hay del beso que me debes. Vladimir?

—Seguimos con los cascos puestos.

—Nos lo podemos quitar un momento.

—No debemos arriesgarnos, Rena.

—Lo que pasa es que tienes menos ganas de besarme que antes —rezongó la azafata.

—¿Cómo puedes decir eso? Sigo estando loco por ti, y tú lo sabes.

—En el compartimento de carga dijiste que cualquier momento es bueno para abrazar y besar a la mujer que a uno le gusta. Incluso me amenazaste con no defenderme de los extraterrestres si no me mostraba cariñosa contigo.

—No hablaba en serio.

—Pues yo te crei. Por eso te besé y permití que me acariciaras.

—Lo deseabas tanto como yo, confiésalo.

—Es posible.

Vladimir le pasó el brazo izquierdo por la cintura y la atrajo hacia sí.

—No puedo besarte, pero si abrazarte.

—Si aparece un extraterrestre, y nos ve tan pegaditos, nos va a tomar por una pareja de invertidos —bromeó Rena.

—¡Tienes razón! —rió Vladimir.

—¿Los habrá también en su mundo?

—¡Seguro!

Ahora fue la azafata la que rió.

De repente, la puerta empezó a abrirse.

Era de guillotina, como la del hangar.

Vladimir se dio cuenta de que la puerta subía silenciosamente y se separó con rapidez de Rena, esclamando en tono bajo:

—¡Cuidado!

La azafata vio también que la puerta se abría y se puso muy nerviosa, aunque procuró disimularlo.

La puerta metálica acabó de subir y un hombre la cruzó.

Era Zago, el jefe de la fortaleza flotante.

Zago lucía ahora su pistola de rayos desintegradores.

No dijo nada a los falsos guardianes.

Ni siquiera los miró.

Seguía furioso, por lo sucedido en las habitaciones de la princesa Lysmina, y sólo pensaba en divertirse con la cautiva terrestre que más le gustase.

Zago avanzó por el pasadizo con paso largo, mientras la puerta de guillotina descendía tan silenciosamente como había subido.

Vladimir Donov y Rena Birkin permanecieron callados hasta que el jefe de la fortificación espacial dobló el corredor y desapareció.

Entonces, la azafata exclamó:

—¡Era como nosotros, Vladimir! ¡No tenía cara de animal!

—Sí, parecía un habitante de la Tierra. Evidentemente, no pertenece a la misma raza de seres que los tipos de los cascos —repuso Donov.

—¿Quién podrá ser?

—Por su forma de vestir, parece el jefe de la fortaleza.

—Es muy alto y corpulento.

—Sí, es todo un tiarrón.

—¿Adonde irá?

—A echar personalmente un vistazo a los prisioneros, supongo —adivinó Vladimir.

—Espero que no les cause ningún daño.

—Se me está ocurriendo algo, ¿sabes?

—¿El qué?

—Atrapar a ese tipo. Si realmente es el jefe de la fortaleza, podemos obligarle a soltar a nuestros compañeros.

—¿Tú crees?

—Sí, sólo tenemos que amenazarlo con desintegrarlo. El tipo se asustará y hará todo lo que le digamos.

—¿Y si no entiende nuestra lengua...?

—Entenderá nuestros gestos, no te preocupes. Yo me encargo de eso. Lo importante es que lo tengamos en nuestro poder. Teniendo como rehén al hombre que da las órdenes aquí, podemos considerarnos totalmente seguros. Nadie se atreverá a atacarnos, para no poner en peligro su vida.

—¿Cómo lo atraparemos, Vladimir?

—Es probable que vuelva por aquí, cuando haya echado el vistazo a los prisioneros. Le esperaremos.

—¿Y si no vuelve...?

—Entonces, no tendremos más remedio que ir en su busca —respondió Vladimir.

* * *

Zago se encontraba ya frente a los recintos barrados en donde permanecían encerrados los pasajeros y los miembros de la tripulación de la *Afrodita-5*.

Al ver que su cara era como la de cualquier varón terrestre, los cautivos se sintieron un tanto aliviados, pues pensaron que los soldados también serían así, y el temor de que los extraterrestres tuviesen un rostro horrible desapareció por completo.

Los prisioneros, claro, no habían visto todavía a ningún soldado sin el casco, e ignoraban que sus facciones eran totalmente diferente a las de Zago.

Bogdan Werner intuyó que Zago era el jefe de la fortaleza flotante, y trató de entrar en conversación con él, para lo cual se acercó a los

metálicos barrotes.

—Mellamo Bogdan Werner, y soy el comandante de la *Afrodita-5*.

Zago lo miró, pero no dijo nada.

—¿Por qué nos han apresado? ¿Qué es lo que quieren de nosotros? —preguntó Bogdan.

Zago continuó callado y con el gesto severo.

—Es usted quien manda en esta fortaleza, ¿verdad? —siguió hablando Bogdan—, ¿No entiende mi idioma?

Zago se desentendió de él y escrutó a las mujeres que llenaban la otra celda.

Odette vio que los ojos del musculoso personaje se clavaban en su persona, y no pudo evitar un estremecimiento, pues le pareció que la miraba con deseo.

Zago no lo dudó más y la señaló con el dedo, ordenando:

—Sacad a esa mujer de la celda.

Lo dijo en su idioma, claro, por lo que los terrestres no pudieron entenderle.

Dos de los soldados que vigilaban las celdas abrieron la de las mujeres, entraron en ella, y sacaron a la azafata.

Odette se hallaba aterrorizada, pero no se atrevió a ofrecer resistencia, por temor a que los extraterrestres la golpearan.

Fabio Orano, angustiado por la suerte que pudiera correr la atractiva morena, se agarró con fuerza a los barrotes de su celda.

—¿Qué van a hacerle, comandante?

—No lo sé —respondió gravemente Bogdan.

—Sea lo que sea, no podremos impedirlo —masculló el copiloto.

—No, me temo que no.

Zago, en su lengua, ordenó:

—Desnudad a la cautiva.

Los soldados se apresuraron a cumplir la orden del jefe de la fortaleza flotante, despojando a la azafata de la brillante blusa y de la corta falda, sin la menor delicadeza.

Odette chilló y forcejeó con los extraterrestres, creyendo que iban a despojarla también del reducido slip. Y lo hubieran hecho, de no ser porque Zago dijo:

—Es suficiente.

Los soldados sujetaron con fuerza a la cautiva, para que no se moviera y Zago pudiera contemplarla bien.

Fabio Orano se sentía dominado por la cólera, y aún se enfureció más cuando vio que el jefe de la fortaleza no se limitó a contemplar la maravillosa desnudez de Odette, sino que tocó el cuerpo de la muchacha con sus propias manos.

La azafata chilló de nuevo, presa del más puro terror.

Fabio no pudo contenerse por más tiempo y rugió:

—¡No la toques, cerdo! ¡Retira tus puercas manos de su cuerpo!

Bogdan Werner, dominado también por la rabia, gritó:

—¡Soltadla, cobardes! ¡No tenéis ningún derecho a abusar de ella!

Zago dejó de tocar a Odette y los miró, con ojos centelleantes, pues aunque no entendía lo que decían, adivinó que le estaban insultando, por lo que ordenó:

—¡Dadles una lección a esos dos!

Un par de soldados empuñaron sendos látigos eléctricos y los descargaron sobre Bogdan y Fabio, quienes aullaron de dolor y se derrumbaron al pie de los barrotes.

Los golpes de los látigos apenas los acusaban, gracias a la resistencia de los trajes, pero las descargas de energía que soltaban los látigos, cada vez que tocaban sus cuerpos, eran terribles.

Odette lamentó ser nuevamente la causa del doloroso castigo que los soldados estaban infligiendo al piloto y al copiloto de la *Afrodita-5*.

—¡Comandante...! ¡Fabio...! ¡No los azoten más, por favor! —suplicó, sin pensar que aquellos seres procedentes de un mundo lejano no entendían el lenguaje terrestre.

Zago la agarró del brazo derecho, fuertemente, y tiró de ella.

—¡Ven conmigo, mujer!

Odette no pudo evitar que el jefe de la fortificación espacial la arrancara de allí y se la llevara consigo, mientras los soldados que vigilaban las celdas seguían descargando sus temibles látigos sobre los cuerpos de Bogdan Werner y Fabio Orano.

* * *

Vladimir Donov y Rena Birkin se pusieron tensos al ver aparecer al jefe de la fortaleza flotante, que traía consigo a la morena Odette, prácticamente desnuda.

Esto último hizo sospechar a Vladimir y Rena que el tipo pensaba divertirse con Odette, seguramente en sus aposentos.

Odette no sólo lo pensaba, sino que estaba segura de ello, y por eso sollozaba y temblaba, sabiéndose impotente para evitar que Zago abusara de ella.

Era demasiado grandote.

Demasiado musculoso.

No podía luchar con él.

Vladimir Donov sí podia impedir que el jefe de la fortaleza ultrajara a la morena Odette, y se dispuso a intervenir.

Zago se detuvo frente a la puerta y dijo algo.

Vladimir adivinó que les estaba ordenando que abriesen la puerta, y como ya habian estudiado el mecanismo que la hacía subir —se trataba de un simple disco verde, de unos tres centímetros de diámetro, que se veía en la pared—, lo accionó.

La puerta, efectivamente, se fue para arriba silenciosamente.

Zago, en vez de mirar a los falsos guardianes, miraba a la hermosa Odette, cuyo cuerpo le gustaba cada vez más.

—No te arrepentirás de haber sido elegida por mí para visitar mis aposentos, mujer —dijo, con una sonrisa.

Odette, Vladimir y Rena no se enteraron de lo que decía, claro.

La puerta de guillotina ya estaba llegando arriba.

Zago la cruzó, tirando de la atemorizada Odette.

Tan pronto como le dio la espalda, Vladimir le arrebató la pistola de rayos desintegradores al jefe de la fortaleza con un rápido movimiento y luego le dio un fuerte empujón.

Zago, que por supuesto no se esperaba nada semejante, se precipitó de bruces contra el suelo, arrastrando en su caída a Odette.

—¡Adentro, Rena! —indicó Vladimir, cruzando también la puerta.

La azafata le imitó al instante.

Después, la puerta empezó a descender, porque para eso no precisaba que se pulsase el disco verde que también se veia al otro lado del pasadizo.

Odette, al oír que uno de los soldados hablaba en lengua terrestre, y que además pronunciaba el nombre de Rena, respingó en el suelo y se volvió.

Zago también se volvió, terriblemente furioso.

—¿Qué significa esto? —rugió.

Vladimir, sin dejar de apuntar al jefe de la fortaleza espacial con su fusil, indicó:

—Despójate del casco, Rena. Y despójame a mí del mío.

La azafata lo hizo.

Odette sintió una inmensa alegría al ver a su compañera.

—¡Rena!

—¿Te encuentras bien, Odette?

—¡Sí!

—Ponte en pie y acércate a nosotros —indicó Vladimir—. No quiero que ese cerdo pueda protegerse con tu cuerpo. Y qué cuerpo, morena...

El piropo hizo sonreír a Odette.

Rena, en cambio, frunció el ceño.

—A ver si nos fijamos más en el tipo y menos en Odette, Vladimir —gruñó.

—¿Estás celosa, cariño? —sonrió Donov.

—Estoy rábanos.

Odette preguntó:

—¿Cómo diablos conseguisteis...?

—Sería muy largo de explicar, y no disponemos de tiempo —la atajó Vladimir—, Tenemos que ocuparnos del tipo.

—Me hizo sacar de la celda de las mujeres y ordenó a los soldados que me desnudaran —explicó Odette—. Después, me agarró del brazo y me trajo hacia aquí. Sin duda pretendía abusar de mí en sus habitaciones.

—Es lo que nosotros pensamos —repuso Rena.

—También adivinamos que se trata del jefe de la fortaleza espacial, y vamos a usarlo para liberar a los demás —añadió Vladimir.

—¡Magnífico! —se alegró la morena.

—Ponte ya el casco, Rena —indicó Vladimir—, Y ponme a mí el mío. Es peligroso continuar con la cara descubierta.

—Sí, tienes razón —respondió la muchacha.

Zago, que no se atrevía a moverse, por temor a que Vladimir hiciera funcionar su fusil y lo desintegrara, los oía hablar sin entender una sola palabra.

Miraba con furia a Vladimir y Rena, al tiempo que maldecía con el pensamiento a los soldados que se habían dejado sorprender por ellos y arrebatar sus uniformes y sus armas.

Vladimir, con expresivos gestos, ordenó al jefe de la fortaleza que se pusiera en pie y que echara a andar por aquel corredor, camino de sus aposentos.

Zago entendió y obedeció.

Vladimir, Rena y Odette caminaron tras él.

La morena dijo:

—Me gustaría ponerme algo.

—Estás muy bien así —repuso al instante Vladimir, echando una fugaz ojeada a los magníficos senos de Odette.

—Si no llevaras el casco puesto, te daba una bofetada —mascculló Rena.

Vladimir se echó a reír, y Odette le imitó.

—¿Y si le prestara mi blusa? —dijo Rena.

—¡Es una gran idea! —exclamó Odette.

—Tus pechos destacarán demasiado, Rena —advirtió Vladimir.

—Prefiero eso a que Odette siga exhibiendo los suyos —rezongó la muchacha, y se abrió el traje.

Odette agrandó los ojos al ver que Rena llevaba enrollada su blusa al pecho a modo de bufanda, muy apretada.

—¡Con razón disimulabas tan bien tus prominencias pectorales, compañera! —exclamó.

—Fue idea de Vladimir.

—¡Cuánto sabe!

Rena se soltó la blusa y se la entregó a Odette, cerrándose seguidamente el traje.

Odette se colocó la blusa de su compañera.

—Gracias, Rena.

—No hay de qué.

—Te dije que tus senos destacarían demasiado.

—No importa. Ahora tenemos al jefe de la fortaleza en nuestro poder. No se atreverán a dispararnos.

Siguieron avanzando.

Zago, de cuando en cuando, observaba con disimulo a Vladimir y Rena, para ver si tenía posibilidades de sorprenderles, pero ellos, de manera especial Vladimir, no se descuidaban ni un segundo.

Por ello, en vez de dirigirse a sus habitaciones, lo hizo hacia los aposentos de la princesa Lysmina, porque había soldados vigilándolos y ellos podían sacarle del apuro.

Tan sólo un par de minutos después, divisaban las habitaciones de la hija del rey Tanko, custodiadas por una pareja de soldados.

Estos se fijaron en Zago, en los dos soldados que le seguían, y en la mujer terrestre que exhibía totalmente sus bien formadas piernas.

Lo primero que les llamó la atención, fue el hecho de que el jefe de la fortaleza flotante no llevara su pistola de rayos desintegradores al cinto.

Su arma la llevaba uno de los soldados, lo cual era muy raro.

Y más raro aún era que el otro soldado tuviese un par de protuberancias pectorales, como si fuese una mujer en vez de un hombre. Ello, unido al hecho de que el traje le viniese holgado, y que su estatura resultase más bien baja, hizo sospechar a los vigilantes de los aposentos de la princesa Lysmina que Zago se hallaba en dificultades.

Y éste lo confirmó, arrojándose de pronto al suelo, al tiempo que gritaba:

—¡Disparad! ¡Son dos impostores!

Los soldados apuntaron velozmente a Vladimir y Rena con sus fusiles, pero Vladimir, muy ágil de reflejos, disparó primero.

Rena, que también sabia cómo se manejaban los fusiles de los extraterrestres, porque Vladimir se lo habia explicado, disparó asimismo contra los guardianes de las habitaciones de Lysmina.

Odette, por si acaso, se arrojó al suelo.

Su precaución, afortunadamente, resultó innecesaria, porque los alienígenas no llegaron a disparar sus fusiles, al ser alcanzados antes por los rayos anaranjados que habían brotado de las armas que empuñaban los terrestres.

Los soldados, para desesperación de Zago, comenzaron a desintegrarse.

—¡Inútiles! —rugió el jefe de la fortaleza, y se revolvió como una centella, dispuesto a atacar a Vladimir.

Este le vio y disparó la pierna, incrustándole la punta de la bota en la quijada.

—¡Tranquilo, amigo!

Zago emitió un rugido de dolor y dio un par de vueltas por el suelo.

Después, miró a Vladimir con ojos llameantes de ira.

—¡Maldito seas, terrestre!

Vladimir, como no sabía lo que el jefe de la fortaleza le decía, replicó:

—¡Tú el doble, por si acaso!

Odette ya se estaba poniendo en pie, impresionada todavía por la desintegración total de la pareja de soldados.

—¡Qué armas tan poderosas! —exclamó.

—Son temibles, sí —respondió Rena.

Vladimir, con gestos, ordenó al jefe de la fortificación espacial que se incorporara y entrara en las habitaciones que habían estado custodiando la pareja de soldados.

Zago se irguió, mascullando cosas en su idioma.

Se masajeó la mandíbula, porque le dolía bastante.

Vladimir advirtió:

—Y ojo con jugárnosla de nuevo, ¿eh, compañero? No dudaría en disparar sobre ti y convertirte en humo.

—No te entiende, Vladimir —dijo Rena.

—Sí, ya lo creo que me entiende. El tipo no tiene un pelo de tonto, y adivina por mis gestos y por el tono de mi voz que su vida pende de un hilo.

—Creo que tienes razón, Vladimir —opinó Odette, al ver que el jefe de la fortaleza caminaba sumisamente hacia la puerta que habían estado vigilando la pareja de soldados.

Vladimir, Rena y Odette caminaron tras él.

Zago abrió la puerta y se adentró en los aposentos de la princesa Lysmina, seguido muy de cerca por los terrestres.

La puerta empezó a cerrarse.

La hermosa Lysmina seguía recostada sobre los almohadones que cubrían el suelo, sollozando en silencio, y así la sorprendieron Zago, Vladimir, Rena y Odette.

* * *

La exótica belleza de la hija del rey Tanko dejó boquiabierto a Vladimir Donov.

Aunque no se le notó, claro, porque seguía llevando puesto el dorado casco, lo mismo que Rena Birkin.

Lysmina interrumpió sus sollozos al ver entrar en sus habitaciones a Zago, acompañado de una pareja de soldados y de una de las mujeres cautivas.

La expresión de furia del jefe de la fortaleza, unido al hecho de que uno de los soldados tuviese un físico «extraño», hicieron sospechar a la bella princesa que Zago tenía problemas.

Vladimir, por su parte, advirtió que la mejilla izquierda de la hermosa muchacha estaba enrojecida y ligeramente hinchada. Y como además tenia rastros de sangre en los labios y en la barbilla, llegó rápidamente a la conclusión de que la chica había recibido una tremenda bofetada no hacia mucho.

—Le pegaste a la muchacha, ¿eh, cobarde? —rezongó.

Lysmina, al oir que uno de los soldados hablaba un idioma desconocido, dio un respingo y se puso en pie.

—¡Sois extranjeros! —exclamó.

—¿Qué estará diciendo? —se preguntó Rena.

—No lo sé, pero parece que se ha alegrado al oírme hablar en una lengua distinta a la suya —respondió Vladimir.

—Quizá se halle también cautiva en esta fortaleza —adivinó Odette.

—Es muy posible. Quitémonos los cascos, Rena, para que pueda ver nuestras caras —indicó Vladimir.

Se despojaron de ellos y Lysmina pudo ver sus rostros, descubriendo que uno de los falsos soldados era mujer.

—¡Sois cautivos! —exclamó—. ¿Cómo habéis conseguido…?

Lysmina no quiso seguir hablando, consciente de que los terrestres no entendían lo que ella decía, pero tenía que hacerles saber de alguna manera que ella también se hallaba prisionera de Zago, al que odiaba a muerte.

Dio unos pasos, se plantó delante del jefe de la fortaleza flotante, y le soltó un par de bofetadas.

Zago apretó los puños, pero no dijo nada.

Lysmina le escupió en la cara.

—¡Tenía muchas ganas de hacer esto, gusano!

Zago, rojo de ira, hizo ademán de golpear a la princesa.

—¡Quieto! —ordenó Vladimir, dando un salto hacia el jefe de la fortificación espacial.

Le dio un golpe en la espalda, con la culata del fusil.

Zago lanzó un bramido de dolor y se derrumbó.

Lysmina. que había saltado hacia atrás, miró al terrestre y sonrió.

—Gracias.

Vladimir adivinó que la muchacha agradecía su intervención, y sonrió también.

—Ha sido un placer, preciosa.

Lysmina se acercó a él, rodeando al caído Zago, le puso las manos sobre los hombros, se aupó, y le dio un cálido beso en los labios.

—¿Qué te parece, Odette? —rezongó Rena.

—La chica no tiene nada de tímida, desde luego —sonrió la morena.

Lysmina se separó de Vladimir y besó también a Rena y Odette, aunque a éstas las besó en la mejilla.

—Nos está demostrando que es amiga nuestra —adivinó Vladimir.

Lysmina habló de nuevo en su lengua:

—Sé que no podéis entender mi idioma, como yo tampoco el vuestro, pero no importa. Vosotros sois cautivos, y yo también. Todos queremos recuperar nuestra libertad. Y podemos conseguirlo, teniendo a Zago en nuestro poder. Yo haré que vuestros compañeros sean puestos en libertad, y conseguiré que la mayoría de los soldados se pongan de mi parte y exterminen a los que continúen siendo fieles al traidor de Zago.

El jefe de la fortaleza temiendo que la princesa Lysmina lograra su propósito saltó sobre Vladimir de forma repentina y lo derribó violentamente.

Sabía que su acción era muy arriesgada y podía costarle la vida, pero no tenía alternativa, después de oír a la hija del rey Tanko. Vladimir Donov se maldijo a sí mismo con el pensamiento por haberse dejado sorprender por el jefe de la fortificación espacial, porque podía costarle muy caro.

Se había distraído, creyendo que el tipo acusaba todavía el golpe que él le propinara en la espalda con la culata del fusil, y no pudo evitar que lo tirara al suelo.

La lucha iba a ser feroz.

De hecho lo era ya, porque Zago poseía la fuerza de un rinoceronte y Vladimir tampoco tenía nada de enclenque. No era tan corpulento como el jefe de la fortaleza, pero sus músculos eran tan poderosos como los de él.

Ambos rodaban por el suelo, furiosamente enzarzados, lo que impedía a Rena Birkin hacer uso de su fusil o de su pistola. Si disparaba, podía alcanzar involuntariamente a Vladimir y desintegrarlo, y no quería correr ese riesgo.

La princesa Lysmina, por su parte, tampoco sabía cómo ayudar al terrestre a librarse de Zago, y presenciaba con ojos dilatados la tremenda lucha.

Zago pugnaba por arrebatarle el fusil a Vladimir, pero éste no lo soltaba, como tampoco permitía que el jefe de la fortificación flotante se apoderara de ninguna de las pistolas que llevaba él al cinto: la que perteneciera al soldado desnudado por él, y la del propio Zago.

Lysmina, temiendo que Zago lograra por fin hacerse con alguna de las armas, empuñó la pistola que Rena llevaba al cinto.

—¡No dispares! —gritó la azafata—. ¡Puedes desintegrar a Vladimir!

—¡Rena tiene razón! —dijo Odette.

Lysmina. adivinando lo que decían las dos mujeres terrestres, repuso;

—¡No temáis, no dispararé a menos que esté segura de alcanzar a Zago!

Rena y Odette no entendieron la respuesta de Lysmina, pero como vieron que ésta no accionaba el gatillo de la pistola, se tranquilizaron un tanto.

La terrible lucha continuaba.

Vladimir había conseguido golpear duramente en el rostro, en el pecho y en los costados al jefe de la fortaleza, pero éste lo encajaba todo sin apenas pestañear.

Zago, por su parte, había logrado también colocar buenos golpes en la cara y en el cuerpo del terrestre, aunque seguía sin poder doblegar su resistencia.

De pronto, y sin saber cómo, Vladimir se vio encima del jefe de la fortificación espacial, de espaldas a él, con el fusil de rayos a la altura del cuello.

Zago tenía agarrada el arma por el cañón y por la culata, y apretaba furiosamente hacia abajo.

Su intención estaba muy clara: pretendía estrangular al terrestre con el fusil, incrustándoselo en el cuello.

Vladimir intentó con todas sus fuerzas alejar el arma de su cuello, pero no lo consiguió, porque la posición de Zago era mucho más favorable que la suya.

El fusil empezó a incrustarse en el gaznate del terrestre.

—¡Lo va a estrangular! —gritó Rena, angustiada.

—¡Hemos de hacer algo! —dijo Odette.

Lysmina se les anticipó, se colocó detrás de Zago, y con el cañón de la pistola golpeó el rostro del jefe de la fortaleza flotante.

Zago aulló y, muy a su pesar, sus hercúleos brazos perdieron fuerza, lo que permitió a Vladimir alejar el fusil de su cuello.

Y no sólo eso, sino que consiguió arrancar el arma de las manos de Zago y apartarse de él de un salto.

El jefe de la fortaleza, viéndose perdido, arrebató de un zarpazo la pistola que empuñaba Lysmina.

—¡Cuidado, Vladimir...! —chilló Rena, y accionó su fusil.

Vladimir accionó también el suyo.

Ambos disparos alcanzaron a Zago, antes de que éste hiciera funcionar la pistola que arrebatara a Lysmina.

El cuerpo del jefe de la fortaleza se tornó anaranjado.

Brillante.

Cegador.

Odette chilló, pues ya sabía lo que aquello significaba.

Zago iba a desintegrarse.

No quedaría nada de él.

Y, efectivamente, nada quedó.

* * *

Rena Birkin, temblorosa todavía, se abrazó a Vladimir Donov.

—¡Vladimir! —exclamó.

El joven la estrechó cálidamente.

—Tranquilízate, Rena. Ya pasó el peligro.

Odette murmuró:

—¿Estás seguro, Vladimir?

Este la miró.

—Sé lo que estás pensando, Odette. Hemos desintegrado al jefe de la fortaleza, ya no podemos utilizarlo para liberar a nuestros compañeros.

La morena asintió con la cabeza.

—Exacto, nos hemos quedado sin rehén.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Vladimir? —preguntó Rena.

—La verdad es que no lo sé.

La princesa Lysmina se puso en pie y sonrió.

—No os preocupéis por la desintegración de Zago. En realidad, creo que su muerte nos favorece, porque así serán más los soldados que se pongan de mi parte. Muerto Zago, ya no tiene sentido que continúen vagando por el espacio sideral en esta fortaleza flotante. Querrán volver a Donbo, y sólo podrán hacerlo si se ponen de mi parte. Estoy segura de que muchos, de ellos lo harán. Habrá lucha, no obstante, no lo dudéis.

Vladimir, Rena y Odette ni lo dudaban ni dejaban de dudarlo.

Sencillamente, no tenian ni idea de lo que decía la hermosa muchacha, aunque su sonrisa y su serenidad les inspiraba confianza.

Vladimir se separó de Rena, se acercó a Lysmina, y la cogió suavemente de los hombros, redondos, suaves y cálidos.

—No sabemos quién eres ni entendemos lo que dices, pero yo, personalmente, pienso que eres alguien importante. Eres hermosa y vistes como una princesa. Tal vez seas reina. En cualquier caso, tú hablas el mismo idioma que los seres que viajan en esta fortaleza, así que nos serás de gran utilidad. Queremos rescatar a nuestros compañeros, y tú nos puedes ayudar.

—Eres muy apuesto, terrestre —dijo Lysmina, y se aupó de nuevo sobre las puntas de sus desnudos pies, para poder alcanzar los labios de Vladimir.

Este no rehuyó el beso, claro.

Es más, se lo devolvió.

Los labios de Lysmina sabian tan bien, que no pudo contenerse.

Rena, como es lógico, volvió a fruncir el ceño.

—Nos está resultando muy descarada la chica. Vladimir le habla de rescatar a los nuestros, y ella le suelta un beso.

Odette rió.

—Es que no entiende lo que Vladimir le dice, Rena.

—Eso parece. Aunque creo que si él le propusiese hacer el amor, ella aceptaría encantada —gruñó Rena.

—¿Y qué mujer no, con lo atractivo que es Vladimir? —repuso la morena.

Rena la miró.

—¿Quieres que te tire del pelo, Odette?

—¡No! —rió de nuevo la morena.

—Entonces, cállate.

—Ya soy una tumba.

—¡Vladimir! —gritó Rena, en vista de que el beso continuaba.

Donov separó su boca de la de Lysmina.

—Lo siento, Rena —carraspeó—. Ya has visto que ha sido ella la

que…

—Sí, lo he visto. Nos ha salido muy besucona la chica —rezongó la azafata, mientras su compañera reía.

Vladimir soltó los hombros de Lysmina y se separó de ella, para que no lo besara de nuevo.

Lysmina le cogió la pistola de Zago y dijo:

—Seguidme, terrestres. Es hora de actuar.

* * *

La princesa Lysmina había abandonado sus aposentos, seguida de los terrestres.

Vladimir había entregado la otra pistola de rayos desintegradores a Odette, para que la azafata se defendiera con ella llegado el caso.

Rena, al igual que Vladimir, empuñaba el fusil con firmeza.

Ya no llevaban puestos los cascos dorados, así que se veía que eran tan terrestres como Odette.

Lysmina se dirigió a los aposentos de Zago, para enviar desde allí un mensaje a todos los soldados que viajaban en la fortaleza flotante, informándoles de la muerte de Zago.

Las habitaciones de Zago se hallaban no muy distanciadas de las de ella, por lo que las alcanzaron pronto y sin tropezarse con soldado alguno.

Una vez en ellas, la princesa Lysmina envió el mensaje utilizando el telecomunicador de Zago, y tanto sus palabras como su imagen llegaron a todos los soldados de la guarnición.

Lysmina, tras dar cuenta de la muerte de Zago, prometió el perdón y la libertad para todos aquellos que se pusieran de su parte y la ayudasen a dominar la fortaleza, eliminando a los más acérrimos partidariosde Zago, con cuya resistencia ella ya contaba de antemano.

La lucha dio comienzo en seguida, tanto en las torres como en el palacio, pero afortunadamente fueron más los que se pusieron de parte de la princesa Lysmina, seguros de que el rey Tanko les perdonaría su traición a su regreso a Donbo, por haber defendido la vida de su hija tras la muerte de Zago.

Los partidarios de regresar a Donbo con la princesa Lysmina exterminaron a los que se oponían a ello y sólo deseaban vengar la muerte de Zago.

Lysmina, Vladimir, Rena y Odette tuvieron que utilizar también sus armas, al verse atacados por un grupo de partidarios de Zago, los cuales irrumpieron en los aposentos de éste.

Por suerte, no los pillaron desprevenidos y Lysmina y los terrestres supieron dar buena cuenta de ellos, desintegrándolos a todos.

* * *

La lucha había concluido y la fortaleza espacial se hallaba en manos de los soldados que se pusieran de parte de la princesa Lysmina a cambio del perdón del rey Tanko.

Los cautivos terrestres no comprendían nada.

Habían visto a los soldados desintegrarse unos a otros, pero no sabían por qué.

Cuando vieron aparecer a Vladimir y Rena, acompañados de Odette y Lysmina, empezaron a sospechar que ellos habían tenido mucho que ver en lo que había sucedido

Lysmina ordenó que los cautivos fueran puestos inmediatamente en libertad, y Vladimir y Rena informaron a Bogdan Werner de lo que había pasado, mientras Odette abrazaba y besaba a Fabio Orano.

Bogdan y Fabio se habían recuperado bastante de los latigazos eléctricos, aunque todavía les dolían los huesos.

En aquellos momentos, sin embargo, no parecía dolerles nada, porque su alegría era mucho mayor que el dolor.

Estaban libres.

Podían volver a la *Afrodita-5* y reanudar su viaje.

Y sin una sola baja.

Seguían todos vivos.

Y como su libertad se la debían principalmente a Vladimir y Rena, que se habían jugado el pellejo por rescatar a sus compañeros, todo el mundo los besó y los abrazó a los dos.

También abrazaron y besaron a Lysmina.

Las mujeres, por gratitud; los hombres, porque la hija del rey Tanko estaba tremenda.

EPÍLOGO

La *Afrodita-5* había abandonado ya el hangar de la fortaleza flotante y reanudado su viaje, después de la terrible aventura, que milagrosamente había terminado bien para todos.

La fortificación espacial también surcaba el Sistema Solar a gran velocidad, rumbo al planeta Donbo, tan lejano, que aún tardaría semanas en alcanzarlo.

Vladimir Donov y Rena Birkin se encontraba en el camarote de ésta, despojados ya de los trajes extraterrestres. La azafata se había puesto nuevamente la blusa que le prestara a Odette, pero Vladimir parecía dispuesto a quitársela otra vez.

Rena le dio un zarpazo.

—Estáte quieto, Vladimir.

—¿Puedo saber qué te ocurre, Rena?

—Nada.

—Estás enfadada, pero no sé la razón.

—Te lo diré: por la despedida que le hiciste a la bella extraterrestre.

Vladimir tosió.

—Fue ella la que se despidió de mí, Rena.

—Es lo mismo. El caso es que te comió a besos, y tú no le dijiste basta.

—Aunque se lo hubiera dicho, no me habría entendido...

—No me vengas con excusas.

—Si estás celosa, significa que te has enamorado de mí. Y eso me alegraría, porque yo siento lo mismo por ti.

—Pues en la fortaleza flotante lo disimulabas muy bien.

—La fortaleza flotante debe de estar ya muy lejos. Olvidémonos de ella y de lo ocurrido allí, y amémonos intensamente, Rena.

La azafata quiso hacerse de rogar un poco más, pero Vladimir le selló la boca con un ardoroso beso y no la dejó hablar.

Estaban sentados en la litera del camarote.

Vladimir empujó suavemente a Rena, hasta que la espalda de ésta tocó la litera. Después, le abrió la blusa y comenzó a acariciarle los senos, hasta hacerla estremecer de gozo.

Entonces, interrumpió el apasionado beso y la miró a los ojos.

—Te quiero, Rena.

Ella le sonrió amorosamente.

—Yo también te quiero, Vladimir —confesó, y ahora fueron sus labios los que buscaron el contacto con los de él.

F I N